

Guerra de Irak y elecciones del 14 M: un año después

Debate de expertos

Seminarios y Jornadas 12/2005

Cuando el año pasado nació, en el seno de la Fundación Alternativas, esta iniciativa que llamamos Opex, la política exterior española había alcanzado una relevancia electoral inusitada. Este protagonismo no se ha apagado en los meses posteriores, y la conexión entre la intervención española en la guerra de Irak, el comportamiento político de los votantes el 14 de marzo de 2004 y la subsiguiente retirada de las tropas que ordenó el nuevo Gobierno, ha dado lugar a diferentes análisis políticos, periodísticos y académicos de conclusiones abiertamente discrepantes.

Aprovechando el aniversario de todos esos acontecimientos, y coincidiendo, por tanto, con los ecos que seguían inundando las tribunas políticas y los medios de comunicación, decidimos organizar una reflexión de carácter estrictamente académico. Se trataba, pues, de discutir acerca de los efectos electorales de la política exterior y, en concreto, de la influencia que en el 14 M pudo tener el juicio específico de los votantes sobre la posición de España durante la guerra de Irak, frente a otras variables como los atentados del 11 M, la gestión informativa de los mismos o el juicio general sobre el Gobierno.

Como puede comprobarse en las páginas que siguen, ocho excelentes especialistas de las ciencias sociales españolas e internacionales aceptaron generosamente nuestra invitación, y a ellos debía unirse la profesora Edurne Uriarte, catedrática de Ciencia Política en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, quien pese a su predisposición no pudo finalmente asistir. El selecto y plural grupo de expertos que se reunió en Madrid el pasado viernes 1 de abril de 2005 tenía en común no sólo su calidad científica, sino el haber estudiado durante este año y, en la mayor parte de los casos, publicado estudios sobre la cuestión en diversas revistas politológicas. Se trató, pues, de una sesión de profundo contenido, que contó además con la presencia de varias decenas de asistentes invitados.

Esta publicación contiene las ponencias y las líneas principales de los debates que a continuación se entablaron. El Seminario contó con dos partes. En una primera se trató preferentemente la dimensión interna que pretendía medir la importancia del juicio sobre la política exterior del Gobierno de Aznar, entre otros factores del cambio electoral. La segunda sesión amplió el análisis a la dimensión externa con comparaciones y un tratamiento del impacto que tuvo fuera de España tanto el 14 M como sus consecuencias posteriores. De forma más genérica, y a lo largo de todo el Seminario, se amplió también la discusión a la relevancia futura de la política exterior en el voto de los españoles.

Ignacio Molina A. de Cienfuegos

Profesor de Ciencia Política en la UAM

Investigador permanente del Opex

Participantes

Enrique Ayala, General del Ejército de Tierra.

Belén Barreiro, Profesora de Ciencia Política y Asesora en el Departamento de Estudios del Gabinete del Presidente del Gobierno.

Richard Gunther, Catedrático (Professor) de Ciencia Política en Ohio State University.

Emilio Lamo de Espinosa, Director del Real Instituto Elcano. Catedrático de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

Narciso Michavila, Comandante de Artillería. Investigador del Instituto Español de Estudios Estratégicos y Profesor en el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado.

Ignacio Molina, Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Investigador permanente del Opex (Fundación Alternativas).

José Ramón Montero, Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor en el CEACS, Instituto Juan March.

Vicente Palacio, Coordinador del Observatorio de Política Exterior Española, Opex (Fundación Alternativas).

Giacomo Sani, Catedrático (Professore Ordinario) de Ciencia Política en la Università di Pavia.


Julián Santamaría, Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid.

Nicolás Sartorius, Vicepresidente Ejecutivo de la Fundación Alternativas.

Fernando Vallespín, Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid.

Informe de contenidos

Nicolás Sartorius

 Este es un encuentro académico y, por lo tanto, su intención no va más allá de que una serie de expertos analicen con nosotros diversas cuestiones relativas a los resultados electorales del 14 de marzo de 2004 y puedan hacerlo con libertad.

El objeto de esta reunión que organiza el Observatorio de Política Exterior Española (Opex) de la Fundación Alternativas es también revisar un tópico bastante extendido, por lo menos hasta ahora: que la política exterior no influye o influye de manera muy escasa en el voto de los ciudadanos. He oído a responsables políticos decir algo así como que la política exterior no es un asunto que interese mucho ni que influya en el voto de los ciudadanos. Últimamente, por acontecimientos que ustedes conocen como es la guerra de Irak, las distintas posiciones y todo cuanto ha sucedido a su alrededor, este tópico al parecer se ha derrumbado en el sentido de que un hecho de esta importancia, sin duda alguna de orden internacional, parece que ha influido de manera considerable en el resultado electoral del 14 M. Sin embargo, nos gustaría saber la opinión de los expertos acerca de si esto es un efecto coyuntural, pues un hecho de este calibre no se produce tan a menudo, o estructural; y si, por lo tanto, la política exterior va a influir cada vez más en las decisiones de los ciudadanos a la hora de emitir su voto.

En mi opinión, sería interesante examinar hasta qué punto la llamada política nacional tiene cada vez más adherencia de política internacional o no. Desde hace bastante tiempo parto de la idea de que no existen estrictamente cuestiones de política nacional y otras de política internacional, sino elementos internacionales que cada vez influyen más en los problemas nacionales, como es lógico, y viceversa. Si tomásemos los tres temas que más interesan a los ciudadanos españoles en todas las encuestas, es decir, el paro, el terrorismo y, por ejemplo, la inmigración, vemos que sobre ellos tienen enorme influencia elementos de la política internacional. Evidentemente el tema del paro depende de cuestiones que se deciden en el ámbito internacional, como pueden ser los tipos de interés, la evolución de la economía mundial, el precio del petróleo, etc. Otra cosa es que los ciudadanos sean concientes o no de ello. Si hablamos del segundo, del terrorismo, para qué decirles. No sólo el terrorismo de ETA, sino el terrorismo internacional como Al Qaeda, etc., dependen de factores internacionales múltiples, de cooperación internacional antiterrorista, es decir, de toda una serie de cuestiones de orden internacional. En el tema de la inmigración sucede exactamente lo mismo: problemas en el norte de África, etc. Esta es una primera reflexión sobre el motivo de este encuentro.

Vicente Palacio

Uno de los motivos que impulsaron la creación de este Observatorio de Política Exterior Española (Opex) dentro de la Fundación Alternativas fue la relevancia electoral que en el último año tomó la política exterior. O más bien, uno de los asuntos de política exterior: en concreto, el uso de la fuerza, que siempre es un asunto crítico en las relaciones internacionales. Existe un cierto paralelismo entre la creación de este Observatorio y la propia crisis de Irak. Esto no lo podemos ni lo queremos negar. Lo ocurrido en los últimos dos años ha sido excepcional.

A mí me gustaría que de este encuentro con los mejores expertos en España sobre análisis electoral, derivase –en este caso concreto, que es la crisis de Irak y el peso que tuvo en el resultado de las elecciones la decisión del anterior Gobierno de ir a la guerra– una discusión más general, que es: ¿y ahora qué? Se abre un debate sobre el peso de la política exterior respecto a otras políticas gubernamentales; sobre sus perspectivas y los asuntos que importan más a la ciudadanía. Está el uso de la fuerza, la cooperación al desarrollo, la política exterior hacia los regímenes dictatoriales. Son cuestiones de carácter más general. Un aspecto esencial e interesante es que nuestros expertos, que tan gentilmente han aceptado venir esta mañana, clarifiquen el peso relativo de la política exterior respecto de otros factores que preocupan más a la ciudadanía: el desempleo, la vivienda o la inmigración, y de los cuales nos informa periódicamente el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Agradezco a los politólogos y sociólogos su presencia aquí, y aprovecho para decirles que este Observatorio es también un cruce de disciplinas, y que los que provenimos de la disciplina de las Relaciones Internacionales y la Política Exterior tenemos mucho que aprender de ustedes. Paso la palabra al organizador de este evento, el profesor Ignacio Molina.

Ignacio Molina

Voy a ser muy breve para dar paso cuanto antes al análisis de los expertos, pero antes debo agradecer, junto a Nicolás Sartorius y Vicente Palacio, la asistencia aquí de todos los participantes. De los expertos invitados (ponentes y moderadores) hay que resaltar su generosidad, disposición e incluso entusiasmo desde que les propusimos realizar esta reunión. Por lo que respecta al resto de asistentes, además de agradecer la presencia de los medios de comunicación, hay que subrayar el carácter académico que imprimen al acto los numerosos investigadores de Sociología y de Ciencia Política que nos acompañan. Es evidente que el espacio se ha quedado pequeño, lo que tiene su lectura positiva y negativa. En este último sentido, me toca pedir disculpas por posibles incomodidades.

Y así, sin más preámbulo, voy a presentar el programa de la reunión. La hemos dividido en dos sesiones, con una pausa intermedia, y cada una de las sesiones está a su vez dividida en dos partes: primero de exposición a cargo de tres ponentes y luego de debate, conducido por un moderador.

La primera sesión, que comienza a continuación, consiste predominantemente en contrastar, exponer y analizar las distintas hipótesis, las diversas variables que pueden ha-

ber influido en el cambio electoral del 14 M. Desde el Opex nos interesa, sobre todo, la variable de la política exterior: el juicio de los ciudadanos acerca de la intervención española en la guerra de Irak. Pero es también evidente que hay otras importantísimas explicaciones que tienen que ver con los atentados del 11 M, la gestión informativa de los mismos, el juicio general sobre el Gobierno, etc. Los ponentes presentarán de forma resumida los análisis electorales que han realizado previamente y publicado en los últimos diez meses. Esas publicaciones se han hecho circular como materiales de trabajo entre todos los asistentes a esta reunión y en cualquier caso son fáciles de encontrar¹.

A los ponentes, aunque son de sobra conocidos, los voy a presentar brevemente y por orden de intervención. En primer lugar, la profesora Belén Barreiro, que trabaja en la actualidad en el Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno. Es doctora en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Madrid y previamente ha sido profesora de la Universidad Complutense e investigadora en el CEACS, Instituto Juan March de Madrid. El siguiente ponente es el profesor Narciso Michavila, doctor en Sociología por la Universidad Complutense, profesor de Opinión Pública y Seguridad en el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado de la UNED y, además, Comandante de Artillería. Cerrará el turno el profesor José Ramón Montero, que es catedrático de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid y profesor en el CEACS, Instituto Juan March.

Quisiera, por último, añadir que tanto éstas como el resto de presentaciones que haga de los perfiles de los ponentes y moderadores son concisas para dar en cierto modo un ejemplo de la agilidad que deseamos tenga esta reunión. Mis presentaciones son austeras en cuanto a los méritos de estos brillantes politólogos y sociólogos que nos acompañan porque tenemos poco tiempo, pero quiero decir que el hecho de que los hayamos invitado significa, como poníamos en las invitaciones, que son los mejores analistas.

Belén Barreiro (Ponente)



La popularidad del PP, medida en la intención de voto, la valoración del Gobierno y la confianza hacia el Presidente, disminuye a lo largo de la legislatura 2000-2004. Es necesario explicar esta evolución. Divido las causas en dos bloques: los fracasos inevitables y los evitables.

Los fracasos inevitables son aquellos problemas que los gobiernos tienen dificultad para resolver. Aquí entrarían los nuevos problemas sociales. El PP llega en el año 2000 al Gobierno y sale en el año 2004 confrontando dos problemas que no estaban previstos, de los que tampoco se había previsto, por consiguiente, una solución. Uno de ellos es

¹ Los trabajos son los siguientes (no se incluyen los artículos periodísticos de los profesores Gunther y Sani publicados, respectivamente, en EE UU y en Italia): Barreiro, Belén (2004) "14 M. Elecciones a la sombra del terrorismo". Claves de Razón Práctica, 141. Lago, Ignacio, y Montero, José Ramón (2005) "Los mecanismos del cambio electoral. Del 11 M al 14 M". Claves de Razón Práctica, 149. Michavila, Narciso (2005) "Guerra, terrorismo y elecciones: incidencia electoral de los atentados islamistas en Madrid". Documento de Trabajo Instituto Elcano 13/2005. Santamaría, Julián (2004) "El azar y el contexto. Las elecciones generales de 2004". Claves de Razón Práctica, 146.

la vivienda, que en cuatro años se convierte para los españoles en el cuarto problema del país con todos los datos que hay al respecto. Un segundo problema es el de la inmigración, que crece considerablemente en esos años. Además, hay otro fracaso inevitable que no tiene que ver con que surjan nuevos problemas imprevistos, sino con la opción ideológica del partido en el gobierno. En este caso con el haber apostado por la política de déficit cero. La política de déficit cero lleva forzosamente a una consecuencia que al principio no se hace visible en el año 96, pero sí al cabo de ocho años, que es el deterioro de los servicios públicos. Es un fracaso inevitable porque es el precio a pagar por la ideología del partido que está en el gobierno, lo mismo que, en teoría, en términos generales, los partidos de izquierda suelen pagar por déficit menos controlados. Por lo menos tradicionalmente.

Los datos muestran que con el paso del tiempo el PP va dejando de ser considerado como mejor partido en todas las áreas políticas. Problemas como la vivienda y la inmigración, a principios de la legislatura del PP, los ciudadanos consideraban que era el mejor partido para resolverlos; al final de la legislatura, en el caso de la vivienda hay una diferencia de 27 puntos a favor del PSOE. En el caso de la inmigración, una diferencia menor de cuatro puntos favorece al PSOE. En relación con el coste de esa política de déficit cero en el deterioro de los servicios públicos, encontramos que también en ese ámbito los ciudadanos consideran al PSOE por encima del PP. Esto es curioso, porque en el año 2000, incluso en educación y sanidad, los ciudadanos estimaban que el PP era mejor, que era un partido más capaz que el PSOE, pero en el 2004 la situación ha dado la vuelta. En educación pública hay una diferencia de 23 puntos a favor del PSOE, y en sanidad pública de diez puntos también a su favor. Por consiguiente, el PSOE gana en esos cuatro años mejor reputación en las viejas y nuevas políticas sociales.

Otros fracasos son evitables. Curiosamente, muchos pensamos que son los que llevan al PP a la oposición. Estos fracasos evitables se ven en los datos del Instituto Opina. Dos meses antes de las elecciones, el 64% de los españoles cree que el PP ha abusado de la mayoría absoluta; el 73% afirma que el PP se ha mostrado autoritario; el 59% estima que el PP no es dialogante; el 54% opina que el PP no gobierna de forma tolerante.

Esto, que se ha llamado en medios periodísticos y académicos el estilo o gobierno del PP, se manifiesta de tres maneras distintas. En primer lugar, los ciudadanos consideran que el PP gobierna, en ocasiones, de espaldas a la opinión pública. Aquí el caso más sangrante sería el de la guerra de Irak. En segundo lugar, los ciudadanos opinan que el PP gobierna con poca transparencia. Estarían los casos de la manipulación de la televisión, el Prestige, el Yak 42, y otros. En tercer lugar, los ciudadanos estiman que el PP gobierna descalificando al adversario. Aquí entrarían descalificaciones al PSOE, a los nacionalistas, a las organizaciones sociales y a los ciudadanos. Este no es mi juicio, sino el de los ciudadanos. Es una forma de ordenar lo que las encuestas nos dicen que están pensando los ciudadanos del estilo de gobierno del PP.

Todo esto es evitable. Es evitable tomar decisiones en contra de la opinión pública cuando se trata de decisiones que no están determinadas por factores externos, como es el caso de entrar en una guerra. Es evitable gobernar con poca transparencia, y es totalmente evitable gobernar sin diálogo. La cuestión intriga desde el punto de vista de la ciencia política, y nos acerca de nuevo a los partidos y a la importancia que en realidad

tiene saber cómo son los partidos por dentro, para los propios ciudadanos y para el funcionamiento de la democracia.


Las causas de este error evitable las he ordenado en tres. La primera es una condición necesaria, que es que el PP gane la mayoría absoluta en el año 2000; la segunda es un incentivo perverso sin el cual no se habría caído en ese estilo de gobierno, que es la decisión de Aznar de no presentarse a la reelección del año 2004. Es una decisión enormemente popular que lleva, sin embargo, a que Aznar adopte decisiones poco democráticas. Esto es así porque se libera de ataduras electorales y toma decisiones en función de sus principios, como es entrar en la guerra de Irak. La tercera condición es la estructura interna del PP, muy centralizada.

Es decir, se dan tres circunstancias que explican el estilo de gobierno del PP, tan impopular y tan innecesario: una mayoría absoluta, un líder que se siente libre de esas ataduras electorales y un partido muy jerarquizado, con lo que ello implica, porque la jerarquía tiene la gran ventaja de que permite ser muy eficiente en la lucha electoral y el gran inconveniente de que las críticas tienen más dificultad para llegar al líder del sistema jerárquico.

Ahora vamos al asunto que más intriga a todo el mundo, que es el efecto del atentado en el voto. Mis cálculos están hechos a partir de dos preguntas de la encuesta postelectoral del CIS. Por tanto, los resultados que expongo son fácilmente reproducibles. Los datos muestran que tanto el PSOE como el PP ganan por efecto del atentado. Mis cálculos se basan en la hipótesis más desfavorable para el PSOE. Pues bien, nos encontramos que en el peor de los casos, para el PSOE, el partido habría ganado las elecciones por 68.000 votos. Por tanto, de la distancia de 5 puntos con la que el PSOE gana al PP en las elecciones de marzo del 2004, 4,7 puntos serían atribuibles al atentado. De estos 68.000 votos que el PSOE gana, el 60% proviene de la abstención, y el 40%, de otros partidos.

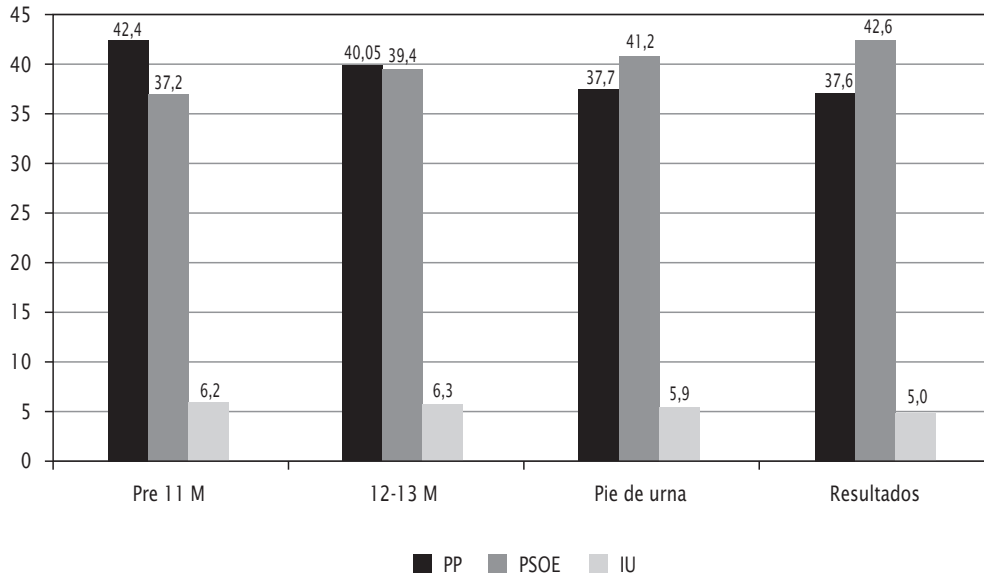
Una pregunta que me intriga es qué hay detrás del efecto del atentado. Desde mi punto de vista, lo que hay es el castigo a la reacción que tiene el Gobierno popular ante el atentado. No es el atentado en sí mismo lo que influye en el comportamiento electoral.

Narciso Michavila (Ponente)

 Agradezco a la Fundación Alternativas que me brinde la oportunidad de someter aquí a la discusión el *paper* que he escrito y publicado recientemente en el Real Instituto Elcano y, por cierto, agradezco a su director aquí presente que lo publicara. En todo caso, no hablo en nombre del Real Instituto Elcano, sino en el mío propio e, insisto, para someterme a la crítica de gente más experta que yo en estos asuntos. La verdad es que en la mayoría de los aspectos creo que mi análisis es coincidente con el de los demás, aunque hay algunos que veremos no lo son, y ahí podemos luego discutir.

En el Gráfico 1 se observa la evolución del voto separando aquellas encuestas que se hicieron antes del 11 M, las dos que se hicieron el 12 y 13 de marzo, una de ellas la de Demoscopia para Telecinco a la que injustamente se le achacó que no fuera capaz de predecir lo

Gráfico 1. Evolución del voto en función de la fecha de campo



Fuente: CIS

que sucedió porque era una situación tan convulsa. Pero con ese sistema, igual que el Instituto Opina para la Cadena Ser, ya detectó cambios en el voto; no en la medida que sí fueron capaces de detectar las de Eco Consulting para Televisión Española o de Sigma 2 para Antena 3, y que, prácticamente, predijeron el resultado final.

Expongo las hipótesis. Parto de la base de que hubo un ligero cambio electoral, no masivo, de otro modo no habría sido el primero el Partido Socialista, el segundo el Partido Popular, sino que habría dado un vuelco. Lo cuantifico, o intento hacerlo en el documento de trabajo. Antes trato de hacer un repaso de las hipótesis explicativas de ese cambio. La primera hipótesis es la de un cambio latente. Había ya variables de cambio, de deseo de cambio. La segunda hipótesis es la de conmoción por los atentados. La tercera, la hipótesis de la guerra, de la conexión de los atentados con la guerra, y una cuarta hipótesis, que sería la doble hipótesis de la manipulación informativa.

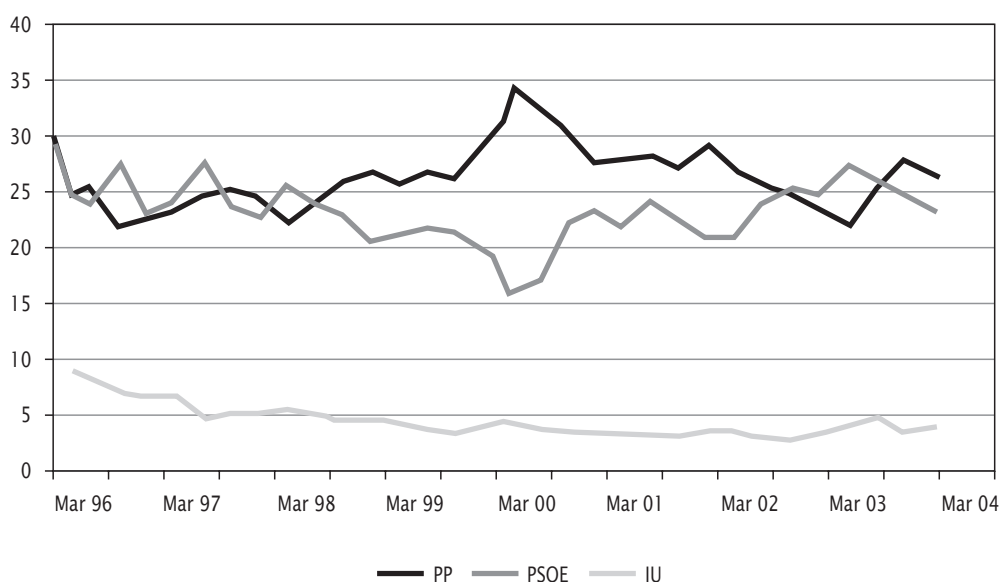
Bien, manipulación del Gobierno o en contra del Gobierno. Para repasar todas las hipótesis, con las herramientas de investigación que empleo, es la encuesta postelectoral del CIS la fuente de investigación más abierta; aprovecho para decir, ya que está su presidente aquí, que el otro día le decía que si el CIS no existiera habría que inventarlo, que se lleva muchos ataques injustos, ya que está en el centro político, pero que los académicos y los investigadores vivimos de mucha más información que los meros titulares que salen en la prensa. Además de las comparaciones de las encuestas preelectorales, he comprobado que estadísticamente la evaluación de las solicitudes de voto por correo de los españoles

residentes es también un buen predictor de la participación final. Sobre todo para grandes circunscripciones como Madrid. Evalúo, en concreto, que gracias a eso podemos predecir que probablemente la participación en la circunscripción de Madrid se elevó a raíz de los atentados y sus consecuencias en 2,6 puntos. En el conjunto de España, 4 puntos. Eso coincide con las encuestas postelectorales.

Luego el voto emigrante emitido antes del 11 M no es representativo del voto de los españoles que viven en España, pero sí marca ciertas tendencias, pues, al estar emitido antes del 11 M, no se ve afectado por las consecuencias del atentado. De estas hipótesis explicativas, llego a la conclusión de que las tres primeras son necesarias para que se produjera un resultado electoral inesperado, inicialmente, por los españoles. Es preciso que hubiera un deseo de cambio latente, aunque también hubo conmoción por los atentados y conexión de los atentados con la guerra. Dicho de otra forma, sin los atentados, sin la participación o el apoyo del gobierno de España a la intervención en Irak y sin un deseo latente de cambio no se habría producido el vuelco electoral.

En relación con la conmoción de los atentados, estoy de acuerdo con analistas como Richard Gunther, entre otros, en el sentido de rechazar la versión más cruda de la hipótesis de que muchos analistas internacionales han pensado que la sociedad española reaccionó con miedo y que los terroristas consiguieron su objetivo. Rechazo esa versión, pero ello no debe hacernos negar que hubo conmoción y no sólo por miedo a que hubiera más atentados, sino por el clima que se produjo y el temor a muchos radicalismos en diversos sitios distintos. No sólo miedo a nuevos atentados como hubo poste-

Gráfico 2. Evolución de la intención directa de voto



Fuente: CIS

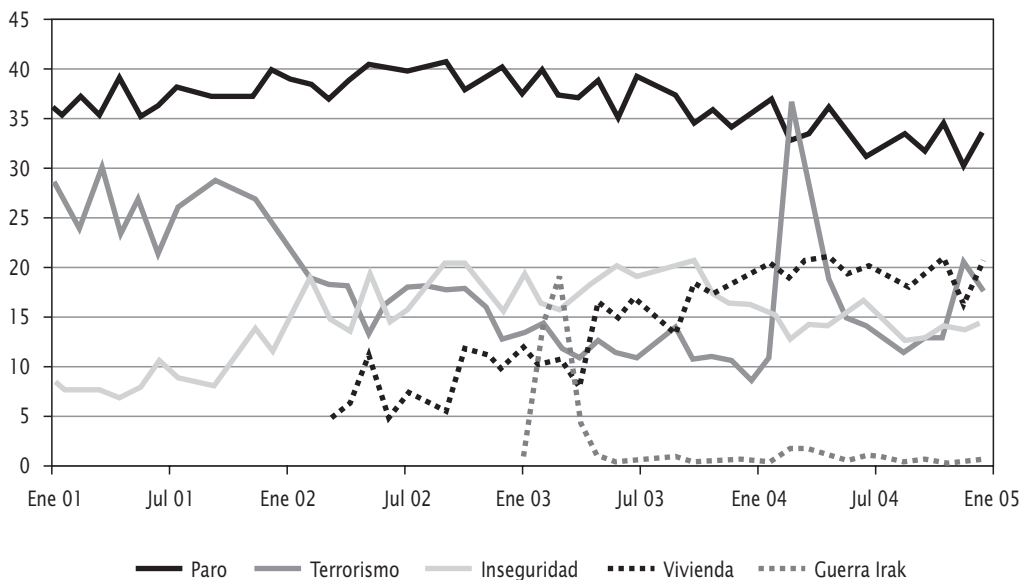
riormente, sino a posiciones extremas de tipo político. Consiguieron otro tipo de sentimiento bastante injusto los terroristas e inicialmente en las primeras horas del 11 M recibíamos llamadas de amigos de Cataluña o del País Vasco, que llevaban como cierto sentimiento de culpa. Posteriormente, lo hacían amigos argelinos que se sentían como más obligados; todos esos sentimientos existieron en cierto modo, pero es bastante injusto centrarnos exclusivamente en ello.

En la hipótesis del cambio latente, analizo en el documento bastantes variables, pero no las suficientes, y cuando en el análisis se intenta eliminar o bien la incidencia de la participación de España en Irak o bien la incidencia de los atentados, académicos o periodistas se ven en la obligación de censurar bastante información, como puede ser la intención directa del voto del CIS.

Un medio de comunicación de la semana pasada se queda en ese análisis de abril del 2003, como si los doce meses que vinieron después no hubieran tenido sentido. Otros cambian de caballo demoscópico en mitad de la carrera y empiezan con datos del CIS y luego pasan a datos de otros institutos. En cualquier caso, había un deseo de cambio latente que es activado precisamente por la guerra y los atentados. Lo vemos, gracias al CIS, en los principales problemas.

Observamos cómo la guerra en el momento álgido llega a preocupar a un 20% de los españoles; como todas las crisis cae muy rápidamente, y el terrorismo, que iba descen-

Gráfico 3. Evolución de los principales problemas de los españoles



Fuente: Barómetro del CIS

diendo, según las estadísticas de las que ha hablado Belén, justo después de los atentados vuelve a subir de nuevo.

Cifro el cambio producido por estas tres hipótesis en la hipótesis de la manipulación. Considero que actúa de refuerzo de las anteriores. La mayoría de los libros publicados se posicionan en uno de los dos campos: unos inciden en la hipótesis de la manipulación del Gobierno y no ofrecen datos contrarios, y otros en la hipótesis de la manipulación en contra del Gobierno. Cuesta llegar a deducir. Mi opinión personal, mi conclusión, es que la hipótesis de la manipulación tanto del Gobierno como en contra de éste actúa de refuerzo de las tres hipótesis anteriores. Entre otras cosas porque cuando llegan los momentos fundamentales de la vida, uno piensa en su propia seguridad. Lo digo como militar que ha estado en misiones en el extranjero. Todo lo demás viene después. La incidencia de los atentados, que fue en una minoría del electorado, produjo un refuerzo del voto del 15% del electorado. He seguido un poco el esquema de Lazarfeld en *The People's Choice*, que se convirtió en un clásico; los analistas electorales acostumbran a hablar de refuerzo y eso es lo que suelen producir las campañas electorales: activación y conversión. La mayoría reconoce que los atentados les produjo una reafirmación de su propio voto. Una activación del voto de 1.700.000 votantes que no iban a votar y decidieron hacerlo. Generalmente abstencionistas, menores de 40 años. Desactivación de otros 300.000 votantes que iban a votar y decidieron no ejercer ese derecho. Esto cuadra con las solicitudes de voto por correo, con la estimación. Estimo que la participación final fue 4 puntos superior. En cualquier caso, creo que la participación había sido bastante superior a la del año 2000. Entre otras cosas, porque había un deseo de cambio mayor que cuatro años antes. Por último, conversión de un 1.100.000 votantes. Son menos votantes que el 1.700.000 activados, pero lógicamente, al cambiar de opción electoral, aumenta la incidencia.

Quizás lo que más me interesa es no volver a mirar el pasado. Sí creo que es importante estudiarlo y que los académicos sigamos haciéndolo para tomar consecuencias para el futuro. De hecho, un poco el origen de este *paper* fue un congreso sobre este asunto en Turquía este verano. Quería hacer unas reflexiones que no están en el *paper*, pero que creo obligado hacer. En primer lugar, que las democracias deben saber que siempre habrá crisis de todo tipo en relación con la seguridad y que –como decía Karl Popper y menciono en el análisis– los retos de la democracia se resuelven con mayor democracia. Así optaron los españoles el 14 M cuando fueron a votar. En ese sentido, sobre todo, fue una victoria de la democracia. Además, que el voto no pertenece a los partidos, sino a los ciudadanos. Los ciudadanos pueden votar con la cabeza, con el corazón, con lo que quieran, y eso no debe ser nunca cuestionado.

Una semana antes de la cumbre de Madrid estuvo aquí Ronald Gunaranda, el profesor experto mundial en Al Qaeda, y yo le pregunté, no tanto por el caso español, sino en general, si consideraba que los terroristas y toda su incidencia en procesos electorales eran intencionados o no. Y me dijo: “No te olvides que los grupos terroristas son, sobre todo, grupos políticos que buscan influir en el poder”. Pero en ese sentido, en el caso de España han penetrado en una de las brechas y no han penetrado en otras que podrían existir en otras sociedades. Por ejemplo, podría haber surgido una brecha entre musulmanes y no musulmanes. En el caso de España, gracias a Dios, se ha resuelto bien. Extrapolando conclusiones, habría que pensar que la brecha que en el caso de España consiguieron abrir, haciéndonos revivir las historias sangrientas, en otros países pudieran ser brechas sociales de distinto tipo. Eso es más o menos el resumen del *paper*.

José Ramón Montero (Ponente)

Las elecciones legislativas del 14 de marzo de 2004 han ofrecido respuestas sumamente interesantes a cuestiones básicas del comportamiento electoral. En mi intervención quiero seleccionar cuatro de ellas, y previamente quiero agradecer los comentarios y sugerencias de Ignacio Lago. Hacen referencia sucesivamente al modelo de voto que subyace en ellas, a las caracterizaciones usuales que se han realizado de los votantes, a las decisiones estratégicas que adoptaron los partidos y a algunos procesos que ocurrieron entre el 11 M y el 14 M.

Por lo que hace al modelo de voto, una buena parte de los analistas electorales se precipitó en señalar que las elecciones legislativas de 2000, en las que como es sabido el Partido Popular (PP) obtuvo una inesperada mayoría absoluta, habían consagrado el modelo de voto racional; es decir, un voto por el que los electores habrían prescindido de cualquier identidad partidista, ideológica o nacionalista para limitarse a sancionar positivamente la buena gestión del PP desde 1996, y en particular sus resultados económicos. Pero los resultados de marzo de 2004 desmienten esta conclusión. La evaluación positiva de los rendimientos gubernamentales puede ser necesaria para la victoria electoral, pero resulta obvio que no es suficiente. Los primeros análisis de las encuestas postelectorales indican que los factores de clase, ideológicos y religiosos han tenido una clara incidencia en la decisión de voto. Y también lo tienen otros elementos a corto plazo como los candidatos y, sobre todo, la evaluación de políticas diferentes a las económicas o de empleo. Luego volveré sobre ello.

¿Qué hemos aprendido de los votantes españoles? El punto de partida a este respecto sigue siendo, en mi opinión, el proporcionado por el politólogo norteamericano V. O. Key en su ya clásico *The responsible electorate*. Como escribe, “los votantes no son idiotas. Y aunque muchos votantes individuales actúan de manera extraña, la mayoría del electorado se comporta tan racional y responsablemente como cabe esperar a la luz de la claridad de las alternativas presentadas y del carácter de la información disponible”². Cabría añadir que los votantes tampoco son ciegos, pese a resultar en ocasiones miopes, ni son amnésicos, bien que a veces demuestren en efecto tener poca memoria. Frente a ello, una buena parte de las interpretaciones de los votantes suele infravalorar su capacidad de raciocinio, de percepción y de atribución de responsabilidad. Los propios gobiernos menosprecian a veces la capacidad de reacción de los votantes antes o después de las elecciones. Lo hacen de modo normal cuando tratan de eliminar su responsabilidad por lo cometido u omitido en su gestión de gobierno, o cuando niegan cualquier atisbo de decisión racional o al menos razonable en los votantes a la hora de valorar con sus votos la gestión del gobierno. En el caso español, los atentados del 11 M han llevado a los líderes conservadores a describir a los electores como seres irracionales, cuando no manipulados o incluso cobardes. Frente a estas interpretaciones tan interesadas como falsas, creo que muchos votantes españoles decidieron simplemente sobre la base de la *accountability* del gobierno, esto es, de la sanción que siguió a la rendición de cuentas del Gobierno del PP tras sus cuatro años de gestión con mayoría absoluta y naturalmente después de los atentados del 11 M. También volveremos luego sobre esta cuestión.

² V.O. Key, *The responsible electorate. Rationality in presidential voting, 1936-1960*, Cambridge: Harvard University Press, 1966, p. 7.

Algunos partidos españoles han adoptado decisiones estratégicas destacables. Lo hicieron desde luego durante la legislatura. Como ya ha comentado Belén Barreiro, el PP y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) parecieron seguir dos estrategias a las claras diferentes en relación con el votante mediano y con el manejo de las principales políticas. Durante la campaña electoral, tanto el PP como el PSOE volvieron a marcar diferencias, como es sabido. Pero las decisiones más llamativas fueron las adoptadas por el PP tras la derrota electoral. Habitualmente, cuando los teóricos de la democracia se preguntan sobre las reacciones de los partidos ante los resultados electorales, y más si son partidos de gobierno, sus respuestas se enmarcan en un esquema dicotómico en el que sólo caben la aceptación plena de dichos resultados o el rechazo frontal a ellos. Pero en realidad cabe una tercera posibilidad, que es la que parece haber adoptado el PP, consistente en una especie de vía intermedia por la que decía aceptar el resultado y a la vez lo deslegitimaba por atribuir la victoria del PSOE a la manipulación, el engaño, el dolor, la conmoción o la sorpresa asociados al terrible atentado del 11 M. Esta estrategia ha convertido al PP en el único partido europeo, en lo que se me alcanza, que continúa, muchos meses después de dejar el gobierno, insistiendo en descalificar el nuevo Gobierno del PSOE, deslegitimar *a radice* su victoria electoral y movilizar a sus bases electorales en línea con estos planteamientos. Las características de la participación del PP en la Comisión parlamentaria creada para investigar los atentados del 11 M ilustran suficientemente los componentes sustanciales de la estrategia conservadora.

Todo lo cual nos lleva, naturalmente, como última cuestión, a examinar lo ocurrido entre el 11 M y el 14 M. Mi punto de partida es que no es cierto, como se ha empeñado en repetir el PP, que este partido aventajara en muchos puntos al PSOE en aquellos momentos. De hecho, en los días anteriores a los atentados el PSOE había logrado recortar de manera drástica la distancia que le separaba del PP a principios de año. En el peor de los casos para el PSOE, la situación era de empate técnico; es decir, sus diferencias en la intención o estimación de voto eran menores que los márgenes de error de las encuestas. Además, en el mejor de los supuestos, otras encuestas, realizadas entre los días 10 y 12 de marzo, reducían las diferencias entre PP y PSOE a menos de un punto porcentual, o situaban incluso al PSOE 2,6 puntos porcentuales sobre censo por delante del PP.

En cualquier caso, los atentados reforzaron la dinámica de la campaña al intensificar a la vez la tendencia creciente del PSOE y el declive del PP. Las ganancias del primero y las pérdidas del segundo dependieron en lo fundamental de: 1) la atribución de la responsabilidad del Gobierno de los atentados como consecuencia de su activo apoyo a la intervención en Irak; 2) la acusación del Gobierno de realizar una política de comunicación opaca e interesada sobre la posible autoría de los atentados; y 3) sobre ambos mecanismos, la valoración negativa de prácticamente toda su política durante los últimos cuatro años³.

³ Estas afirmaciones están avaladas por los datos contenidos en la encuesta postelectoral realizada por Demoscopia a una muestra representativa de 2.929 españoles mayores de edad. La encuesta fue financiada por un consorcio de investigadores pertenecientes a la Ohio State University, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, Universidad de Santiago de Compostela y el Instituto de Estudios Sociales de Andalucía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En el trabajo ya citado de Lago y Montero, "Las consecuencias del cambio electoral...", se abordan con mayor extensión estas cuestiones.

Estos razonamientos plantean una pregunta obligada acerca de las diferentes repercusiones electorales del terrorismo de ETA y del islamista. Hasta ahora, todos los Gobiernos han gozado de una especie de bula respecto a las consecuencias negativas del terrorismo. ¿Por qué los españoles, tras haberse abstenido de culpar entonces a los Gobiernos anteriores del PSOE y del PP por el terrorismo de ETA, lo hacen ahora al PP por el islamista? La respuesta refuerza una vez más el argumento de que, para los españoles, no todos los terrorismos son iguales. Hay dos diferencias notables entre el terrorismo de ETA y el islamista que se han pasado por alto. De una parte, es cierto que no cabe establecer causalidad alguna entre las decisiones de los Gobiernos españoles y las acciones de ETA; pero muchos españoles han dado por sentada la relación entre la política exterior del Gobierno del PP y los atentados de Al Qaeda. De otra parte, es también claro que la actuación de los gobiernos ante el terrorismo de ETA no suele ser cuestionada ni por los dirigentes partidistas ni por los ciudadanos; pero es obvio que los españoles han disentido frontal y masivamente de las justificaciones aducidas por el Gobierno del PP para apoyar la invasión de Irak, desde las armas de destrucción masiva hasta las vinculaciones terroristas de la dictadura iraquí.

Tabla 1. Opiniones y valoraciones sobre la guerra de Irak, según partido votado en las elecciones de 2004* (en porcentajes)

Opiniones y valoraciones	Partido votado			
	IU	PSOE	PP	Total
Sobre la decisión del Gobierno de apoyar la invasión a Irak				
Positivas	-	1	28	7
Neutras	13	4	33	12
Negativas	87	94	34	76
Sobre si la actuación del Gobierno en la guerra de Irak ha respondido a la opinión de la mayoría de los españoles				
Sí	-	2	12	4
No	100	95	72	87
Sobre si la guerra de Irak ha valido la pena				
Sí	-	1	19	5
No	97	97	63	86
Sobre si la valoración de la actuación del Gobierno en la guerra de Irak ha influido en su voto				
Mucho	12	10	2	7
Bastante	11	24	6	14
Poco	17	21	19	16
Nada	60	43	70	56
(N)	(119)	(1.053)	(469)	(2.929)

* Los porcentajes no suman cien porque no se ha incluido la no respuesta. Las opiniones positivas incluyen la suma de "muy bien" y "bien"; las neutras, "ni bien ni mal"; las negativas, "mal" y "muy mal".

Fuentes: Encuesta de Demoscopia, 2004.

Los datos existentes al respecto son contundentes. Como puede comprobarse en la Tabla 1, casi ocho de cada diez españoles valoraban negativamente la decisión del Gobierno en relación con Irak, y al menos ocho de cada diez coincidían en señalar que la actuación del Gobierno no ha respondido a la opinión de la mayoría de los españoles. Además, el Gobierno incumplió las demandas de los ciudadanos: nada menos que el 87% de los españoles así lo creía en 2004. Y cuando un Gobierno no actúa de manera representativa,

Tabla 2. Evaluaciones de la gestión del Gobierno en distintas políticas según partido votado en las elecciones de 2004* (en porcentajes)

Evaluaciones	Partido votado			
	IU	PSOE	PP	Total
Economía y empleo				
Positivas	30	41	96	56
Negativas	58	55	3	39
Educación				
Positivas	16	19	79	35
Negativas	81	72	14	45
Políticas sociales				
Positivas	16	21	73	39
Negativas	82	73	15	54
Vivienda				
Positivas	3	7	54	20
Negativas	93	89	42	73
Terrorismo				
Positivas	15	18	78	33
Negativas	85	77	20	61
Emigración				
Positivas	9	12	61	26
Negativas	86	80	33	65
Impuestos				
Positivas	23	23	75	37
Negativas	69	72	20	54
Política exterior				
Positivas	7	13	76	31
Negativas	84	78	18	57
(N)	(119)	(1.053)	(469)	(2.929)

Los porcentajes no suman cien porque no se ha incluido la no respuesta. Las opiniones positivas incluyen la suma de "muy buena" y "buena"; las negativas, "mala" y "muy mala".

Fuentes: Encuesta Demoscopia, 2004.

la consecuencia última es el castigo electoral a través del control del gobierno por los ciudadanos: el 21% de los entrevistados declaraba tras las elecciones del 14 M que la invasión de Irak ha contado mucho o bastante en su voto, mientras que el 16% manifestaba que le ha influido de alguna medida.

De todos modos, estas opiniones negativas no se producían de forma aislada. El mecanismo de *blaming*, por medio del cual los ciudadanos vinculaban los atentados a las políticas del Gobierno conservador con respecto de Irak, aparecía insertado en un clima valorativo especialmente crítico hacia la gestión gubernamental del PP. La oposición a la política seguida en Irak y el rechazo a la política informativa del Gobierno tras los atentados resultaban así congruentes con las valoraciones negativas de buena parte de las políticas conservadoras. Como se recoge en la Tabla 2, y de nuevo con datos de la encuesta de Demoscopia, todas las políticas públicas protagonizadas por el Gobierno, excepto la economía y el empleo, eran negativamente valoradas por los españoles. Estos juicios retrospectivos se convirtieron así en una condición necesaria para que, tras la terrible conmoción de unos atentados de los que se responsabilizaba a la política exterior conservadora, el PSOE recibiera a antiguos votantes de IU o del PP, convenciera a antiguos abstencionistas para que dejaran de serlo o atrajera a jóvenes votantes.


Para finalizar, ¿qué hubiese ocurrido si no se hubieran producido los atentados del 11 M? Con las lógicas precauciones que se derivan de la imposibilidad de reconstruir el comportamiento electoral del 14 M, los denominados análisis contrafácticos permiten realizar aproximaciones sobre acontecimientos, teniéndolos como no producidos. Para ello, hemos llevado a cabo simulaciones con la encuesta de Demoscopia, suponiendo que ninguno de los entrevistados pensara que los atentados fuesen consecuencia de la política del Gobierno, criticara la gestión informativa del Gobierno en los días posteriores o las dos cosas. Los resultados indican una reducción en unos pocos puntos porcentuales del PSOE. La situación volvería a ser similar a la existente antes de los atentados. Es decir, el PP podría haber ganado por una escasa diferencia de votos, amplificadas en escaños a causa de las mayores ventajas concedidas por el sistema electoral a los partidos conservadores. Pero también hubiera podido producirse una victoria del PSOE, conseguida gracias a una campaña que capitalizaba con eficacia la insatisfacción generalizada con los cuatro años del Gobierno conservador y los apoyos crecientes a las propuestas socialistas.

Los estudios acerca del comportamiento electoral han comprobado que los votantes, aunque suelen carecer de mucha información sobre la política, toman decisiones que no son caprichosas o arbitrarias, sino razonadas y basadas en un amplio abanico de temas. La utilización de distintos atajos o mecanismos para adquirir información les permite comportarse prácticamente como si dispusieran de un conocimiento más que suficiente. No hace falta, en fin, estudiarse los programas de los partidos para votar como si se hubieran leído. Muchos otros estudios han comprobado, además, que los electores suelen culpar a los gobiernos de las condiciones adversas que puedan afligirles, desde los ciclos económicos negativos hasta las sequías o las inundaciones. En el caso español, la conexión causal entre la condición adversa de los atentados del 11 M y el Gobierno era tan directa y fácil como intensa. Sobre todo cuando el Gobierno había desarrollado políticas que eran evaluadas de forma mayoritariamente negativa por los ciudadanos, había desoído de manera reiterada sus preferencias en temas relevantes y había tratado de eludir sistemáticamente sus responsabilidades. Es cierto que los juicios retrospectivos que hacen los


votantes sobre la gestión política de los gobiernos son a veces confusos por las dificultades para determinar qué políticas sean las más acertadas o qué proporciones correspondan a los gobiernos en determinados resultados políticos o económicos. Pero los acontecimientos del 11 M ayudaron a muchos españoles a realizar esos juicios sobre la gestión del Gobierno del PP.

De ese modo, la derrota del PP no radicó sólo en los terribles atentados del 11 M, sino en el funcionamiento de los mecanismos básicos de control y de responsabilidad democráticos. En las democracias, los gobiernos son representativos porque son elegidos. Las elecciones sirven para hacer responsables a los gobiernos de los resultados de sus acciones pasadas. Como anticipan la evaluación de los votantes, los gobiernos tienen un fuerte incentivo para desarrollar las políticas que suponen serán mejor valoradas por los ciudadanos. Al final de cada legislatura, los gobiernos rinden cuentas al electorado por su gestión de los asuntos públicos. El electorado valora su actuación y vota en consecuencia. Dado que para la mayoría de los españoles el Gobierno no siguió las políticas que demandaban y que tampoco fue capaz de convencerles de la idoneidad de las que había adoptado, su respuesta fue de manual: castigarlo en las urnas. A la hora de expresar su decisión electoral, cada uno de los ciudadanos españoles recordó sin duda a las víctimas; pero todos ellos depositaron su voto con la misma libertad y capacidad que en todas las anteriores elecciones. Y lo hicieron colectivamente castigando al PP y posibilitando el gobierno del PSOE. En última instancia, el voto se había convertido de nuevo en el instrumento decisivo con el que los ciudadanos controlan y en su caso castigan a los gobiernos.

Ignacio Molina

 Muchas gracias a los tres y pasamos ya al debate que va a moderar el profesor Fernando Vallespín, catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid y actual presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas. La idea es que también él introduzca su análisis, evidentemente corto, y a partir de ahí dirija lo que puedan debatir los ponentes entre sí y con los asistentes en el escaso tiempo que tenemos.

Fernando Vallespín

 Quisiera aprovechar que hago uso de la palabra para agradecer a la Fundación Alternativas por haberme invitado, así como a los ponentes por sus presentaciones, que me han parecido todas excelentes. A pesar de que estoy aquí como moderador y no como ponente, y antes de dar la palabra al público que nos acompaña, me gustaría hacer un par de reflexiones, aunque no sé hasta qué punto entran en el tema. Lo que nos convoca aquí es el análisis de algo muy concreto: ver cómo podemos ponderar el efecto de una decisión política clave de la segunda legislatura del gobierno de Aznar como fue la participación española en la guerra de Irak; estudiar el efecto que puede tener algo que, como acabamos de ver, es infinitamente más complejo de lo que parece a primera vista.

La primera reflexión que me gustaría introducir y desarrollar es la dificultad de evaluar las relaciones causales en el mundo de la política. Tendemos casi siempre a privilegiar

una visión, apoyada sobre todo en datos empíricos, que refleja un sistema de causalidad muy newtoniano. Y quizás debamos empezar a introducir análisis mucho más “caóticos”, que nos permitan suscitar otra forma de concebir la causalidad. En esta línea, y durante la intervención de Belén Barreiro, estuve pensando que quizás la causa última de todo este proceso que culmina en el cambio de Gobierno se encuentra, después de todo, y tras muchas interrelaciones, en la decisión de Aznar de no ir a un tercer mandato. Ahí se puso en marcha un sistema de causalidad que acabó confluyendo en la pérdida del gobierno por parte del PP después de la segunda legislatura. Siempre es arriesgado proponer este tipo de explicaciones, porque no pueden verificarse empíricamente, pero son datos de la realidad que no cabe ignorar. Desde luego, no es más que un ejemplo. El punto al que quiero llegar es que muchas veces se nos desprecia a los científicos sociales porque se piensa que nos limitamos a afirmar lo obvio, perdiéndose de vista la enorme dificultad de poder introducir un orden en una decisión colectiva tan compleja como pueden ser unas elecciones. Hemos visto esta mañana que incluso existen importantes discrepancias en la interpretación de los datos, o que depende de cuáles sean los datos en los que se apoya cada analista para llegar a una conclusión u otra. Lo hemos visto esta mañana de una manera bastante clara.


Quizá hay que llamar la atención sobre el hecho de que el objeto de la discusión no son las elecciones en sí mismas, sino el ver hasta qué punto la política exterior ha tenido o no un impacto sobre ellas. Este es el segundo punto sobre el que quiero volver. Creo que José Ramón Montero ha señalado algo interesante en su intervención, que merece más reflexión de la que nosotros normalmente le solemos dedicar. Es la importante cuestión relativa a qué es un votante racional y cómo juega esa supuesta racionalidad a la hora de optar por una opción política u otra; y cómo se pueden valorar esos otros elementos que muchas veces tienen más que ver con lo “irracional”, pero que indudablemente racionalizan el voto. Sabemos cómo juegan los factores “identitarios” en este país, pero ya no está claro cuando nos referimos a los “valores”. Hay algunos valores que muchas veces desempeñan una relevancia fundamental a la hora de organizar y jerarquizar nuestras propias preferencias. En el caso del supuesto que estamos analizando aquí, como es la decisión de ir o no a una guerra, el factor valorativo es importantísimo. Considero que el anterior Gobierno despreció algo que es patente si se ven todas las encuestas sobre el tema en España. Nuestro país coincide con Alemania en su gran aversión a la guerra, que nos traslada más allá del tema general de la influencia de la política exterior. Es decir, la guerra en sí misma es algo que se percibe como el máximo error en una sociedad como la española o la alemana. En eso coincidimos bastante, y probablemente tenga mucho que ver con nuestra experiencia de la Guerra Civil. Estamos ante una dimensión del problema que es difícil de evaluar, aunque entra de lleno en lo valorativo y racional que está siempre presente a la hora de adoptar decisiones.

Me gustaría poder añadir algunas cosas al análisis que ha hecho antes Nicolás Sartorius, que ha suscitado una cuestión muy significativa. Tiene que ver también con la mención de Belén Barreiro relativa al déficit cero, que sirve para enfatizar la importancia de la política exterior sobre la política interior. El problema del déficit cero no se presenta como una opción ideológica en Europa, sino que estamos ante una opción impuesta por la incorporación a un orden que constriñe las decisiones políticas, como puede ser la Unión Europea. Es obvio que algunos países, como bien sabemos, no lo han respetado.

Sin embargo, la lección esencial que cabe extraer del mismo –y aquí enlazo con el tema que suscitó Nicolás Sartorius al principio– es que cada vez nos vemos más afectados por decisiones que se escapan a nuestro control democrático directo. Pero la única forma de reacción frente a eso es penalizando o, por el contrario, apoyando a nuestros decisores políticos nacionales concretos, porque no tenemos otra vía de poder actuar al respecto políticamente. Es decir, no podemos censurar a Bush por haber entrado en Irak, pero sí podemos censurar a José María Aznar. Está por analizar la forma a través de la cual “nacionalizamos” aspectos de la política exterior que nos afectan, pero frente a los cuales nos sentimos tremendamente impotentes. Creo que éste es un objeto de estudio que está ahí y que no ha sido investigado lo que merece, quizá porque hace poco tiempo que hemos comenzado a entrar en lo que se llama la “sociedad mundial interna”, que no solo consiste en una sociedad de naciones, sino que lo que antes eran sociedades asociadas a Estados se está convirtiendo cada vez más en una sociedad en sí misma. Relaciones sociales de toda índole trascienden el encapsulamiento tradicional de la sociedad dentro de los límites del Estado-nación; vivimos ya, lo queramos o no, en una sociedad mundial. Aquí tenemos que reinventar la política y hasta que no gocemos de las categorías políticas para poder afrontar este nuevo hecho, no tenemos más remedio que saber conectar las diferentes políticas domésticas a este desafío.

Lo dejo aquí. Espero no haber complicado más la cosa de lo que ya estaba. Insisto, mi ruego es que tratemos de ir al tema. El tema es la política exterior y cómo, a través de lo que se nos ha expuesto aquí, podemos dotarla de valor o señalarle un valor político específico en un momento histórico apasionante y de consecuencias decisivas.

Enrique Ayala

 Yo no soy ningún experto en análisis electoral, pero he leído atentamente los trabajos de los ponentes que me han parecido excelentes. Quería expresar mi punto de vista sobre el tema central, es decir, hasta qué punto la política exterior influyó en el voto del 14 M y, en general, hasta qué punto influye en el votante. Soy muy escéptico en cuanto a la influencia que la política de los distintos partidos sobre la guerra de Irak podía tener potencialmente en los españoles –a efectos electorales– antes del día 11 M. En el trabajo de Michavila se ve cómo en el momento en el que se desencadena la guerra hay una preocupación enorme entre los españoles por este tema y cómo luego esa preocupación desciende hasta casi desaparecer. Se reduce a un 3%. Todas las encuestas hasta el 11 M dan por vencedor al PP hasta por 6 puntos, aunque pudo haber un acercamiento en los últimos días de la campaña electoral. Parece, pues, evidente que a 11 M, a pesar de que más del 80% de los españoles habían estado en contra de la guerra de Irak, ese rechazo a la guerra no se reflejaba en una pérdida dramática de votos para el Partido Popular o no en la medida en que ese 80% de contrarios a la guerra podía hacer suponer, si ese sentimiento hubiera tenido un peso importante en la elección del votante. ¿Por qué sucede esto? Porque el peso ideológico del voto no es muy grande en las democracias consolidadas y España empieza a serlo. El peso ideológico del voto es muy significativo cuando hay grandes dramas nacionales. Pero en un país estable en el que la libertad y la justicia están más o menos aseguradas, lo que la gente busca es la seguridad económica y la seguridad física. Por eso las grandes preocupaciones son el terrorismo, el paro y la vivienda.

La política exterior juega un papel secundario en ese sentido. La gente estuvo en contra de la guerra de Irak en su momento, pero había olvidado la guerra de Irak en la época de la campaña electoral, como demuestra el estudio al que me he referido. La gente al principio pensó que la guerra de Irak era mala, desde el punto de vista moral, y que podía traer problemas a la población española. Hay encuestas en las que se ve cómo la percepción del riesgo aumenta enormemente esos días. Pero a medida que pasaron los meses y la gente descubrió que para ellos no tenía ninguna repercusión directa, aquello se fue olvidando. Cuando sucede el atentado del 11 M de repente la gente empieza a pensar que la posición de España en ese conflicto verdaderamente tiene una repercusión importante sobre ellos y se reaviva el sentimiento negativo sobre la guerra de Irak. Sentimiento que se refuerza por una reacción del Gobierno que no es clara y no es, diríamos, de unir a todos los partidos políticos y a la población, sino de afrontarlo de una manera partidista. Es en la combinación de la guerra de Irak con lo que se percibe como sus consecuencias, es decir, los atentados, cuando el elector se da cuenta de que aquella decisión con la que él no estaba de acuerdo tiene, además, un efecto negativo para él. Este sentimiento, reforzado –como digo– por la reacción del Gobierno, es el que produce el vuelco electoral, pero no la decisión tomada por el Partido Popular en relación con la guerra de Irak porque hasta el 11 M no era una influencia decisiva para las elecciones.

La conclusión que podríamos sacar es que a lo mejor hay que empezar a concienciar a la opinión pública de que, en un mundo tan interdependiente, la política exterior de España cada vez afecta más al individuo, porque esta conciencia no existe todavía en España y una de las pruebas es la baja participación en el referéndum del Tratado Constitucional de la Unión Europea. La mayoría de la población sólo muestra interés por la política exterior cuando percibe las consecuencias directamente sobre su economía o sobre su seguridad.

Narciso Michavila

“ Quería responder y recojo el guante inicial que ha vuelto de nuevo sobre no centrarnos sólo en las elecciones, sino en la política exterior y la incidencia en la política interior, en los ciudadanos, cómo nos va a afectar, si va a tener más incidencia. A mi juicio, en la participación de España en la guerra de Irak hay que diferenciar, a la hora de hablar de opinión pública, lo que es el envío de las tropas en misión humanitaria de lo que es la foto de las Azores. La opinión pública española estuvo en contra, y en eso no cabe duda de que nos parecemos a los alemanes y a los italianos, porque el valor principal de la sociedad española es la paz. Eso mismo decíamos hace unos años: el valor principal de los españoles y españolas es la paz. Los españoles a lo que se oponían es al apoyo a la intervención militar en Irak.

No se dieron ninguno de los requisitos públicos para que hubiese apoyo público a una intervención militar del tipo que fuese, recoger chapapote, la isla Perejil o la venta de armamento a un país sudamericano. A mi juicio, son percepciones, no realidades; hablamos de opinión pública. Percepción de consenso político. Percepción de legitimidad de la acción. En el caso de Irak, la opinión pública no percibió que esa acción fuera legítima. En el caso de España, la ONU tiene un papel muy importante y no se percibió

que la comunidad internacional estuviera apoyando en bloque. Percepción de intereses nacionales en juego. Percepción de los aliados, qué opinión tienen las opiniones públicas de esos amigos nuestros con los que vamos a intervenir. Percepción de apoyo de la población local. Hablo de percepciones, o sea, la realidad, y los militares lo saben, es que la población local está deseando la misión de España allí por motivos que habría que explicar largo y tendido. Pero la percepción de la población española no era esa, sino que los iraquíes deseaban que las fuerzas de ocupación se fueran. La percepción de los líderes de opinión. Sea de líderes religiosos, de expertos, académicos, artistas, etcétera. Si apoyan o no apoyan. La incidencia de las bajas. Casi siempre los análisis de las democracias de la intervención militar, en guerras, se suelen llevar al *body bag syndrome*. Y el que no conoce y no ha estudiado mucho, suele pensar que los gobiernos democráticos tienen poco margen de maniobra para poder intervenir porque las opiniones públicas no aceptan bajas. Pues una vez más se ha demostrado, si se cumplen los otros requisitos, que las sociedades admiten que los militares tienen que asumir riesgos en las misiones humanitarias, de intervención bélica o del tipo que sea.

Según mi criterio, los dos más importantes son percepción de éxito y percepción de incidencia personal. En el caso de la guerra de Irak, cuando llegó el 11 M, la percepción era, y actualmente todavía lo es, de que la intervención en Irak no ha sido un éxito. Eso, para la opinión pública es fundamental. Los ciudadanos vienen a decir: “Ya que te has lanzado en eso, que realmente consigas unos avances”. ¿Y la incidencia personal? A mi juicio, si no hubiera habido atentados, la incidencia personal no habría existido: la gente no habría visto cómo los aviones que van de Madrid a Bagdad vuelven a Madrid. Como observábamos en las manifestaciones. En el futuro se seguirán cumpliendo más o menos las mismas condiciones. La política exterior tendrá incidencia en los ciudadanos y en los votantes en la medida en que les incida personalmente. Los apoyos públicos se darán en la medida en que se cumplan estos requisitos. Es mi opinión.

Emilio Lamo de Espinosa

“ Quisiera comenzar agradeciendo a la Fundación Alternativas por invitarme a participar en este debate. Y señalar inmediatamente que estoy aquí a título de profesor y no de Director del Instituto Elcano; por lo tanto, lo que voy a decir son mis propias opiniones. Me acojo así a la autorización de hablar con más tranquilidad.

Sobre la mesa hay tres temas a debate. Uno de ellos, el tema central, en qué medida la política exterior ha pasado a ser cuestión electoralmente relevante en el debate político interno. Una cuestión que, a su vez, se manifiesta en una pregunta concreta, a saber: en qué medida la participación en la guerra Irak y los posteriores atentados del 11 M afectaron los resultados electorales del 14 M. Cuestión que, a su vez, se manifiesta en una tercera, más latente que explícita, pero de gran actualidad: en qué medida ello puede o no deslegitimar el resultado electoral. Eliminaré de entrada la tercera cuestión para que no moleste y podamos discutir sin fantasmas. La gente vota por las razones que estima conveniente y eso forma parte de la lógica de la democracia. Por lo tanto, cuáles fueron las razones por las que los ciudadanos votaron el 14 M en absoluto pueden deslegitimar cualquier resultado electoral. Más claramente, los resultados electorales se legitiman por un procedimiento, por una forma, por el modo, objetivo, de

llegar a un resultado, y ese es el resultado. Y no hay más que discutir. Aviados estaríamos si, en cada elección, tuviéramos que preguntarnos si las motivaciones de los electores eran buenas o malas.

Lo cual nos permite abordar con más tranquilidad, y ya sin fantasmas ideológicos, la segunda pregunta: ¿en qué medida el resultado del 14 M fue consecuencia o no del 11 M?

Todos sabemos la complejidad que tiene la palabra “causalidad” en el mundo de las ciencias sociales. Pero podemos simplificar el problema sin perder rigor. Y entonces la pregunta que habría que hacerse es la siguiente: si eliminamos, si hacemos desaparecer los atentados del 11 M, el resultado del 14 ¿hubiera sido el mismo o sustancialmente distinto? Creo que esta es la pregunta y el modo de construir un contrafactual científicamente gestionable, sensato. Pues bien, creo sinceramente que si analizamos la totalidad de los datos preelectorales, la encuesta del CIS postelectoral, los datos por correo y la propia opinión de los españoles, la conclusión a la que se llega es que lo más probable desde un punto de vista científico es que se hubiera dado un resultado distinto. Es lo que creo tras analizar y sopesar muchos datos. Por supuesto nunca se tiene, científicamente, la certeza absoluta, pero esa hipótesis es para mí mucho más robusta que la contraria.

¿En qué medida distinto? ¿Radicalmente distinto? ¿Hubiera ganado el Partido Popular en lugar del Partido Socialista? Pues lo más probable es que sí. Y no pasa nada, y eso no deslegitima ni legitima nada. Significa que, en efecto, se produjo en ese momento un cambio significativo, como consecuencia de un suceso especialmente relevante. Veámoslo al contrario. ¿Es creíble que algo tan brutal como fueron los atentados del 11 M, que nos pusieron a todos en situación de trauma emocional y desorden sentimental durante días e incluso semanas, de lo que no podíamos dejar de hablar, que nos hizo llorar o ponernos iracundos, y que ha sido uno de los eventos políticos más importantes de los últimos 20 ó 25 años, si no el más importante, es pensable que eso no tuviera relevancia electoral? Carece por completo de sentido. Sé bien que la ciencia social se construye contra el sentido común, pero no contra las evidencias, y estas son de muchos tipos. Pues bien, es evidente que fue importante, es evidente que fue fundamental, es evidente que movilizó a unos, desmovilizó a otros, les hizo cambiar de opinión, a todos nos produjo trastornos de diverso tipo. Sinceramente, me parece bien poco sensato, e incluso innecesario y dañino, pensar que el suceso político más notable de los últimos 20 años pasó por el cuerpo electoral sin tocarlo ni mancharlo.

Otra cosa es preguntarse cuál o cuáles son los vectores de causalidad que transforman el 11 M en los resultados del 14, pues son muchos. Pero para mí, que seguí a la opinión pública en relación con Irak desde al menos octubre del 2002, la explicación principal la proporciona la guerra. Simplemente, los atentados del 11 M pasaron factura por algo que hasta ese momento había resultado casi irrelevante. Como se comprueba en que no afectó de manera significativa las municipales y autonómicas, ni tampoco las europeas. Pero de pronto, tras el 11 M, los españoles dijeron: “Te hemos dicho por activa y por pasiva que no queríamos estar en esto, nos hemos manifestado más de 8 millones de personas el 15 de marzo y no nos hiciste caso; ahora pasamos factura”. Recuerdo que en el primer barómetro del Instituto Elcano sobre la guerra, en noviembre del 2002, los porcentajes de oposición eran de un 61%. Al final eran de casi el 90%. Esta era la situa-

ción. Es evidente que los ciudadanos recordaron todo ello, y puesto que sabemos (además) que la mayor parte de la gente culpó de los atentados a nuestra participación en la guerra, pasaron factura. Los elementos de manipulación de un lado y de otro, que los hubo, actuaron también, por supuesto, pero como elementos de refuerzo; no mucho más. Las opciones estaban tomadas tan pronto se supo que era Al Qaeda y no ETA. Creo, y me parece que es muy difícil pensar lo contrario, que algo tan importante como los atentados del 11 M en todo ese contexto de oposición masiva a la guerra de Irak no habría de tener consecuencias.

Y termino con un comentario global a la primera de las preguntas: en qué medida la política exterior se ha incorporado a la agenda política ordinaria. La conclusión evidente para mí es que Irak no afectó en absoluto o muy poco; afectó sólo cuando se transformó en política interior. No con anterioridad. Y me temo que eso sigue siendo así. Lamento no compartir el optimismo de algunos, porque a mí sí que me gustaría que la política exterior se incorporara mucho más a la política sin más. Es cierto que se está produciendo un desdibujamiento de las fronteras entre una y otra, que hay espacios que ya no se saben si son política interior o exterior, como es el campo de la Unión Europea. Pero, por seguir con este ejemplo, Europa, un área fuertemente incorporada al discurso político nacional, es cierto que los españoles le damos una enorme prioridad a la UE, y los sondeos dicen que es la principal prioridad de nuestra política exterior, hasta un 80% opina así. Y, sin embargo, a los españoles no les interesa ni un comino lo que pasa en Europa. Ni un comino. No les importa nada. No se enteran del Tratado constitucional. Y están a favor de la ampliación, pero cuando les preguntas por un país para la ampliación, sólo el 10% te puede citar uno, y es Polonia. Básicamente nos interesa mucho estar en Europa, pero nos hemos despreocupado por construir Europa. Lo es en tanto ayudas al desarrollo, o en temas de inmigración, pero siempre visto desde el prisma interno. Europa es una prioridad para España en la medida en que es un tema de política interior. No en tanto en cuanto es un tema de política exterior. Irak fue una prioridad en España cuando se transformó en política interior.

Belén Barreiro

“ Me gustaría que dejásemos de usar la frase “yo personalmente creo que el atentado tuvo x efectos...”. Tenemos datos del CIS, de Noxa, de Demoscopia. Invito a todo el mundo a tomar la encuesta del CIS y a reproducir lo que yo he hecho para mostrar que esto no son opiniones. Hay datos que nos permiten hacer evaluaciones, y resulta que esos datos tienden a coincidir en que habría, sin el atentado, una situación, que a mí me sale de 68.000 votos a favor del PSOE, llamémosla de empate técnico. Y por tanto, esos son los datos del CIS. Eso no es una opinión, Emilio, son los datos del CIS. Podemos discutir procedimientos, datos, pero no podemos decir en una reunión como ésta “mi opinión es que el atentado, etcétera”. Es muy frustrante, somos politólogos.

Emilio Lamo de Espinosa

“ Comprendo la astucia de Belén; yo también la he utilizado en muchas ocasiones: eso no es una opinión, son los datos del CIS, y aquí no hay interpretación. Es una argucia excelente para hacer callar al interlocutor: lo tuyo son opiniones,

discutibles, lo mío son datos. Pero no pasa de ser una argucia. A mí me han invitado de comentarista, no de ponente, de modo que no traigo “mis” datos en el Powerpoint. Claro que hay datos que avalan mi “opinión”; los he citado antes, y basta leer el trabajo de Narciso. Es más, la gran mayoría de los datos y el sentido común avalan esa interpretación. ¿Es casualidad que todos los sondeos preelectorales daban el triunfo al PP? ¿Todo el mundo se equivocó, pero sólo ahora es evidente? Llevo muchos años leyendo datos electorales, y a estas alturas sé muy bien (y esto es de primero de metodología) que los datos son, para empezar, contruidos, y para acabar, interpretados. Nunca jamás hablan por sí solos. Por eso, en lugar de asegurar que “los datos dicen esto o lo otro”, cosa que no es verdad, prefiero decir “mi opinión es esta o la otra”. No es sólo un modo más sencillo de hablar; es un modo científicamente más riguroso de hablar.

Nicolás Sartorius

“ Comparto la idea de que es muy difícil saber por qué se producen determinados resultados electorales debidos a acontecimientos inesperados que surgen en un momento dado. Creo que sería bueno distinguir entre atentado y gestión del atentado. Son dos cosas bien distintas. Mi idea es que un atentado brutal, en un principio, a quien favorece es al que gobierna. La gente tiene un sentimiento de temor y tiende a no cambiar en ese momento. Luego eso se matiza mucho por lo que habéis dicho, por la guerra de Irak. Pero también se puede pensar que, si hubiera habido una gestión muy buena del poder en ese momento, probablemente no se produciría ese resultado electoral. A la gente lo que le irritó profundamente del Gobierno no fue el atentado, sino la gestión del atentado.

Lo que yo he dicho es que los elementos de la política exterior influyen en los grandes problemas de la vida y de las cuestiones internas, lo que no significa que la gente tenga conciencia de que eso es así, e influye en el momento en que se convierten en política interna. Ahora, el que la gente no sea consciente de que en el paro, el terrorismo, la inmigración, influyen cuestiones de política exterior no quiere decir que no sean de la política interior. Lo que hay que procurar es que la cultura de política exterior sea cada vez más amplia. No es fácil para la inmensa mayoría de los ciudadanos saber que a lo mejor lo que ocurra en Argelia, en un momento determinado, puede influir de manera decisiva en su vida cotidiana y en su empleo. Eso es complicado, evidentemente. Objetivamente es así. ¿Qué es lo que le pasa al ciudadano, en mi opinión? Que como esas cosas que suceden en Argelia o en Venezuela u Oriente Medio no las controla y ve difícil incidir en ellas, le entra un cierto desánimo; sólo cuando se convierte en política interna entonces sí puede, de alguna manera, influir en su gobierno en un sentido o en otro.

Fernando Vallespín

“ A mí me gustaría sugerir otro tema sobre el que habría que reflexionar y que también, de acuerdo con la interpretación que hagamos, abre consecuencias importantísimas. No cabe duda de que la interpretación según la cual el atentado cambió el resultado electoral fomenta que otros países, en próximas elecciones, puedan ser objetivos terroristas. No es una cuestión irrelevante.

Ignacio Molina

Comenzamos ahora la segunda sesión, que hemos subtítuloado “Dimensión internacional”. La etiqueta no pretende encorsetar a los ponentes, pero, después de que en la primera parte hayamos agrupado a brillantes analistas electorales con explícitos contrastes de hipótesis sobre los resultados del 14 M, en esta segunda parte deseamos adoptar una visión menos doméstica. Tenemos, además, la suerte de contar con tres magníficos expertos, dos de ellos extranjeros, y con el papel moderador del profesor Lamo de Espinosa, por lo que se trata de resaltar que estamos en un Observatorio de Política Exterior. Por eso, en esta segunda sesión vamos a ir más allá de las elecciones del 14 de marzo no sólo como simple *explanandum*, como variable dependiente, sino también como factor desencadenante de otros fenómenos, como variable independiente que luego provocó la retirada de las tropas españolas de Irak y la lectura internacional.

Tanto el profesor Richard Gunther como el profesor Giacomo Sani participaron en el debate de opiniones públicas que se produjo tanto en Estados Unidos como en Italia (que es otro país con unas características parecidas a España en cuanto al contraste entre la opinión pública y la postura del Gobierno). En cualquier caso, ambos continuarán el debate que viene de la primera sesión, y así lo hará también sin duda el profesor Santamaría, a tenor de las respectivas publicaciones. En esta segunda parte hablaremos también de lo relativo al impacto internacional de los acontecimientos de marzo y del resultado electoral. Es decir, de lo que sucedió luego y de cómo afectó a la imagen de España.

De forma breve, por orden de intervención, y dando ya por alabados todos los profesores, voy a mencionar que el profesor Richard Gunther es catedrático de Ciencia Política en Ohio State University y, sin duda, el principal especialista de la ciencia política norteamericana sobre España. Algo similar puede decirse de Italia, en relación con la cual intervendrá a continuación el profesor Giacomo Sani, que es catedrático de Ciencia Política en la Universidad de Pavia. Y, finalmente, el profesor Julián Santamaría, catedrático de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid, ex Embajador de España en EE UU, realizará un magnífico broche a la sesión, antes del debate.

El profesor Gunther va a hablar en castellano y, antes de que comience, me voy a permitir un pequeño comentario. Creo que, con independencia de que los demás profesores estén presentando investigaciones politológicas y sociológicas, en el caso de Richard y en relación con su artículo de opinión debe resaltarse el coraje y la valentía de publicar en la prensa norteamericana en ese momento, abril de 2004, algo que iba muy a contracorriente. Lo digo desde el punto de vista español y a título personal, con gratitud, por ver reflejado en los periódicos de Estados Unidos una opinión que no era ni mucho menos compartida de forma mayoritaria.

Richard Gunther (Ponente)

Nacho Molina me ha pedido una presentación de cómo se percibieron estos acontecimientos en Estados Unidos y cómo se interpretaron las elecciones y sus resultados en España el año pasado. Tengo el disgusto de hacerlo porque en muchos sentidos es insultante para los españoles la interpretación más común que señala que

fue un acto de cobardía, que España estaba abandonando la guerra contra el terrorismo, que su salida de Irak rompía una gran coalición, y establecía un precedente para que Al Qaeda pudiese influir en elecciones por medio del terrorismo. Había una lucha dentro de Estados Unidos sobre esta interpretación y esta fue la visión mayoritaria. Había gente, muy pocos desgraciadamente, como yo, que hemos tratado de corregir esta versión y presentar otra interpretación. Creo que ustedes ya han tenido una copia de mi artículo de prensa. No tengo que repetir estos argumentos.

Para entender cómo se ha desarrollado esta lucha polémica hay que recordar que empezó en plena campaña electoral en Estados Unidos, y la interpretación del comportamiento de los españoles fue la consecuencia de una estrategia electoral por parte de la administración de Bush.

En este sentido, es importante advertir que el uso de la frase “guerra en Irak” tiene unas implicaciones distintas que hablar de “la guerra contra el terrorismo”. Por eso, había una confusión intencional en los dos conceptos. Para los españoles es muy fácil separar la guerra contra el terrorismo de la guerra en Irak, pero fue una estrategia de la administración de Bush combinarlos de manera inseparable. El argumento de Bush y sus compañeros era que Sadam Hussein estaba apoyando a Al Qaeda, que Hussein era un terrorista, que Sadam Hussein tenía armas de destrucción masiva y que por eso era necesario un ataque militar por parte de Estados Unidos antes de que se produjera un ataque por parte de Sadam Hussein contra los Estados Unidos.

Todo esto tiene que entenderse como una parte de la reacción de las opiniones públicas y un impacto sobre la cultura política por los acontecimientos del 11 de septiembre. Hay otras posibles explicaciones de la guerra en contra de Irak: que Bush y su equipo odiaban a Sadam Hussein por frustración desde la primera guerra en 1991; o que la guerra en Irak fue una distracción para cubrir la falta de éxito contra Al Qaeda y especialmente la incapacidad de las fuerzas americanas de localizar a Osama Bin Laden.

Hemos argumentado que una invasión militar puede provocar una reacción nacionalista y violenta, y es lo que ha pasado en Irak después de la invasión. También hemos argumentado que una guerra contra el terrorismo, como se ha hecho en España, es una campaña larga que utiliza sobre todo a la policía e investigaciones muy detalladas en cooperación con otros países. Es la mejor manera de eliminar a los terroristas. Estas son las dos visiones opuestas en esta campaña electoral.

Desde mi punto de vista, Bush y sus amigos han ganado. Hasta el punto de que el 60% de la población americana piensa que Sadam Hussein estaba detrás del ataque del 11 S. Y la mayoría de los que votaron a Bush pensaban que Sadam tenía armas de destrucción masiva durante el período antes de la invasión. Y también una minoría sustancial de estos votantes republicanos pensó que ya se han utilizado estas armas durante la guerra. ¿Cómo han tenido tanto éxito al presentar esta interpretación?

Primero, por una mínima campaña de manipulación de información directa. Todo el mundo puede recordar la presentación por parte de Colin Powell a la ONU con información que ahora sabemos era totalmente falsa. Segundo, gente como el vicepresidente Cheney, incluso durante la campaña electoral, seguía insistiendo en que

había pruebas del apoyo de Saddam Hussein hacia Al Qaeda. Por otro lado, pocos en Estados Unidos conocen las actitudes de la mayoría de la gente en gran parte del mundo sobre la guerra y sobre Bush. La mayoría piensa que estos países están a favor de la reelección de Bush. Se presentó esta gran coalición como muy parecida a la coalición de la primera guerra en contra de Irak. Cheney hablaba de otros 35 países, pero contaba incluso países que no tienen ejército o que no han enviado ningún apoyo físico para esta invasión a Irak.

Hay una segunda explicación de todo esto. Los medios de comunicación en Estados Unidos han cambiado mucho. La audiencia de noticias en televisión para los canales más objetivos, ABC, NBC, CBS, ha disminuido muchísimo. Al mismo tiempo, se han desarrollado algunas fuentes de información –o desinformación– que son muy polémicas. Por ejemplo, las tertulias en la radio son derechistas y me temo que mucha gente depende totalmente de estas fuentes de información para sus impresiones del mundo político en Estados Unidos o internacional. También constituye otro factor la estrategia de Karl Rove, el asesor principal de Bush. Su estrategia electoral siempre ha sido la descalificación total, la deslegitimación completa del oponente en las elecciones.

Como consecuencia de todo ello, ha desaparecido el diálogo público abierto, tolerante y de respeto mutuo. Ahora un contraste de opiniones es un rechazo total de los argumentos del otro lado. No hay ningún atisbo de establecer un acuerdo sobre un compromiso en la política, incluso en el Congreso. En parte, esto es consecuencia de un cambio fundamental en la cultura política de Estados Unidos. Tengo algunos datos que para mí fueron una sorpresa muy desagradable, tras haber incluido en nuestras encuestas una batería de preguntas sobre valores fundamentales. Voy a leerles las preguntas relevantes aquí. Tenemos dos, respecto a creencias religiosas y su implicación para la política. La versión original de la primera pregunta es una elección entre dos frases: “Defender nuestros valores religiosos y morales tradicionales”, de un lado, y del otro, “Defender la libertad del individuo de ser y creer lo que quiera”. El segundo es sobre el aborto: “El aborto debería ser considerado ilegal”, o “El aborto debería ser considerado siempre legal”. Hemos incluido esas preguntas en todas las encuestas, creo que diez o doce países. Acabo de analizar su impacto sobre el voto y estos son los datos que voy a presentar ahora.

Tengo los datos para España en el 93 y en las elecciones del año pasado, pero primero debo explicar las cifras: son los “R-cuadrado” que resultan de un análisis multivariable logístico, es decir, lo que se entiende más normalmente como porcentaje de la variación explicada. La variable dependiente es el voto para partidos de izquierda o derecha: en Estados Unidos, Bush *versus* Kerry; y en España, entre Izquierda Unida o PSOE, de un lado, y PP del otro (he eliminado los partidos regionales y nacionalistas del análisis para evitar complicaciones). En la primera etapa del análisis hay que controlar las influencias comunes sobre el voto, empezando con los controles sociodemográficos: edad, sexo, educación, ingresos. Se puede notar que en España el impacto de estas influencias ha disminuido entre 1993 y 2004, y explican sólo menos del 7% de la variación en el voto en las elecciones del año pasado. En Grecia no hay sorpresa alguna: nunca ha habido una división entre clases y por eso no tiene ninguna influencia sobre el voto. En Uruguay es un poco más fuerte, pero en Estados Unidos es más débil, explicando menos del 2% de la variación del voto. En la segunda etapa, he añadido “religiosidad” a la ecua-

ción. El incremento en el “R-cuadrado” que resulta (es decir, la adición al porcentaje de voto explicado por este factor) en España es alrededor del 12%, en Estados Unidos casi el 11%, en Uruguay el 6%, y en Grecia casi nada (que no es una sorpresa, dada la falta de una tradición de conflicto político sobre la religión).

Pero lo más interesante es ver el impacto de los “valores religiosos”. Primero voy a empezar con Estados Unidos. Hay que recordar que estamos controlando según el impacto de religión, edad, educación, sexo e ingresos. Además, en el caso de los EE UU, hemos cambiado la pregunta sobre tradiciones religiosas (preparando así la entrada en este proyecto de varios países islámicos). Por eso, la primera pregunta ahora es: “¿Nuestras creencias religiosas tienen que ser la base de nuestras leyes?”. Es muy fuerte. Como alternativa estaba: “Nadie puede imponer sus creencias religiosas sobre los demás”. Por tanto, hemos utilizado esta versión talibán en Estados Unidos que explica casi el 24% de la variación del voto. Es decir, no hay un *cleavage* de clases en Estados Unidos importante. Hay un *cleavage* religioso en el sentido tradicional, pero no demasiado fuerte. Por el contrario, hay un *cleavage* de valores profundo. En Estados Unidos ahora hay dos campos y no hay un diálogo abierto entre los dos. Especialmente los conservadores tienen un moralismo que rechaza a los oponentes y sus argumentos. Por eso, mi artículo se ve como una visión de un loco profesor universitario, y no hay que tener en cuenta esta clase de argumentos porque “tenemos a Dios de nuestro lado”. Así, sólo con estas dos preguntas sobre valores podemos explicar una cuarta parte de la variación del voto, lo que es muy importante. En Uruguay, poco; en Grecia, casi nada. Lo más interesante es señalar que ha habido una reemergencia del *cleavage* religioso en España, no en el sentido de asistencia a la misa, sino respecto a estos valores religiosos. En el 93 estos valores no tenían ningún efecto electoral. Pero en las elecciones del año pasado explican casi el 15% de la variación del voto. Ha habido una nueva intrusión de la religión en la política de España. Sobre todo el resultado más dramático que ha salido de este análisis es el impacto de este *cleavage* en Estados Unidos y la manera en que ha influido el diálogo político. En este sentido, influyó mucho la interpretación del comportamiento electoral de los españoles.

Giacomo Sani (Ponente)

Estuve los días previos a las elecciones del 14-M en España. Me quedé hasta el 15 y regresé pronto a Italia, donde el atentado tuvo un impacto mediático muy fuerte. Todas las cadenas italianas transmitieron durante el 14 y parte del día 15 horas y horas de grabaciones que venían de España. Naturalmente, sabiendo que me he interesado por España a lo largo de mi vida académica, me entrevistaron y creo que fue para ellos una desilusión, porque yo presenté un punto de vista que estaba en contra de la interpretación del *conventional wisdom* que se pasaba por los medios. Voy a contar qué me condujo a esta interpretación.

Llegué a Madrid el 5 ó 6 de marzo y me enteré de los pronósticos que varios institutos habían preparado a lo largo de dos o tres meses. Era una lista similar a la de la página 1 del artículo de Montero y Lago, y todos apuntaban a la muy probable victoria del Partido Popular. La diferencia media entre PP y PSOE era de casi 5 puntos. Había bajado un poco a lo largo de las últimas semanas, pero se mantenía elevada. Algunos institutos le daban

un poquito menos y otros un poquito más. Pero la situación era, creo que podemos llamarla, unánime. No había pronósticos que se alejaran mucho de la conclusión final. Esto me llamó mucho la atención porque no encajaba bien con otros datos que a lo largo de varios meses Julián me había pasado y habíamos analizado juntos. Datos que podemos considerar como indicadores directos o indirectos de los rumores de la opinión pública durante la legislatura. Y particularmente en la última fase de la legislatura, en la campaña electoral, con una erosión progresiva del consenso para el partido del Gobierno, de forma que en las encuestas hay una sobrevaloración del partido que antes estaba infravalorado. Si miramos a los datos de voto más simpatía, empezando por el año 2000, vemos que a partir de la primavera-verano del 2003 la intención de votos para los dos partidos se ha alterado mucho. No hay distancia entre uno y otro candidato al inicio de la campaña, y en la parte final de la campaña, la intención del voto para el PSOE sube. Si alguien hubiera incluido en su pronóstico estos datos, habría llegado a conclusiones distintas de las que circulaban en los medios.

En la preferencia sobre el próximo presidente pasa exactamente lo mismo. En enero hay todavía una distancia de entre 1 punto y 6 entre Rajoy y Rodríguez Zapatero, y en marzo hay prácticamente una valoración igual, casi un poquito más a Zapatero. Las cartas cambian, como si fuera el culmen de una tendencia, de una evolución. En la valoración de las imágenes del PSOE y del PP, de enero a marzo (es decir, son prácticamente ocho semanas), habrá un cambio importante, un cambio muy fuerte que continúa manteniéndose. Hemos visto además que la valoración de la situación política era negativa prácticamente en el año 2001 y sigue incrementándose en la última fase de la campaña, valoración negativa que suele ser dañina para el partido del Gobierno. Todo eso nos ayuda a evaluar la hipótesis de que el vuelco, como se dice, fue el resultado de una movilización diferencial. Es decir, que electores potencialmente socialistas que no habían votado, debido a los atentados, se movilizaron y votaron.

Ahora, dos palabras de resumen. Todos estos indicadores eran contradictorios respecto a las estimaciones. Me daba la impresión de que podía ser posible que surgiera un veredicto electoral diferente de lo pronosticado. No obstante, como los estudios de la opinión pública en España son muy buenos, estimando la masa de sondeos, me incliné el 12 de marzo a considerar como más probable una victoria del PP, a pesar de todos estos datos. Es obvio que no había analizado bastante el significado de los indicadores indirectos. Las diversas teorías sobre la gran influencia de los atentados: movilización selectiva, cambio de intención debido a la mala gestión de los acontecimientos, resolución de las dudas de los indecisos, todas están basadas sobre la teoría o el hecho de que el PP estaba delante del PSOE. Al final de la campaña electoral, los populares iban a ganar. Por eso el atentado podía explicar el éxito de las elecciones. Los indicadores indirectos nos decían algo distinto. Decían que las cosas no estaban así, que era posible hacer un pronóstico favorable al PSOE aunque en muy poco.

Creo que esta situación nos deja un problema muy serio. Si no hubo vuelco, ¿cómo explicamos la unanimidad de los sondeos en la dirección errónea? Porque los datos no indican vuelco. Indican erosión progresiva, continuidad a favor del Partido Socialista debido a razones que hemos visto antes. Yo no tengo la solución a este problema, pero quiero avanzar una hipótesis parcial, muy parcial, quizá arriesgada, de que la diferencia entre los pronósticos y el resultado se debe en buena medida a la existencia de un voto oculto que

en las encuestas no sale de manera clara, y que en las estimaciones de voto nos desvía. Como saben, las estimaciones de voto se hacen con distintos modelos y, como la receta en la cocina, cada uno tiene la suya y no quiere explicarla a todos. Supongo que algunas empresas ignoran completamente a los que no contestan y a los que no saben o no contestan, considerándolos como una masa de personas que votarán de la misma forma que aquellos que han declarado su intención de voto. No tengo datos específicos, pero en Italia ha pasado en las elecciones del 2001 que los que no contestan se dividen entre los partidos con cuotas que no son iguales. En el voto oculto en España de las últimas elecciones, había más voto socialista potencial, y si estos señores fueron a votar, explica que el impacto del atentado fue importante, pero no como un impacto tremendo que cambió el resultado final. Creo que para los estudiosos este es un tema que merece la pena analizarse retrospectivamente. En este caso, la gran cantidad de datos que tenemos no es un defecto.

Una última palabra más sobre el tema de cuánto cuenta la política exterior en la formación del voto. Los periodistas nos preguntan cuál es el impacto neto de la política exterior. Esta es una pregunta ingenua o maliciosa en cualquier caso, una tarea casi imposible que se puede ver sólo si hay muchos datos que permitan desenlazar y separar los varios efectos y factores. Normalmente, los sondeos que se realizan presentan algunos datos pero no tocan todos los posibles temas, y si pensamos que cada uno de nosotros está dentro de un espacio electoral que es multidimensional, valorar la posición de cada uno en este espacio complejo no es una cosa sencilla. Me parece que pasamos a las impresiones, que el impacto de la política exterior puede ser significativo si se une o entra en el debate entre partidos, si entra en la política interna. Se tiene una gran visibilidad si se trata de problemas o temas cercanos y no lejos físicamente. Un accidente nuclear en Suiza preocupa a los italianos más que uno en Ucrania, y lo mismo ocurre en este otro caso de los atentados. Este es otro tema que retrospectivamente y en el futuro, los jóvenes investigadores deberían profundizar.

Julián Santamaría (Ponente)

“ Tenía preparada aquí una intervención un poco más de broma a la vista de las versiones surrealistas del atentado que se vienen dando por algunos con la única finalidad de erosionar la legitimidad del Gobierno. Pero el debate ha sido muy serio y me guardaré esos comentarios para otro momento. Respecto al primer tema del debate, el impacto del atentado sobre los resultados electorales, me he pronunciado en otro sitio con abundancia de datos que coinciden con las excelentes presentaciones de Barreiro, Montero y Sani en la conclusión de que ese impacto no fue determinante, aunque es probable que incrementara, a mi juicio muy ligeramente, la ventaja del PSOE sobre el PP. Por eso me voy a limitar, en línea con lo que dije antes, a formular algunas consideraciones generales sobre la importancia teórica y práctica de este debate y por qué no es posible aceptar sin más la idea de que el atentado fue determinante y planeado con la finalidad de imprimir un vuelco electoral.

Me parece que este debate tiene una enorme importancia teórica y práctica y subrayo ambos aspectos. Teórica porque nos hemos encontrado ante un acontecimiento insólito respecto del cual existen algunas hipótesis en los estudios sobre campañas electorales.

Se da por supuesto que la interferencia de un acontecimiento extraordinario o no previsto puede trastocar el escenario o tener una incidencia de mayor o menor relevancia sobre el comportamiento de los electores. Puede que sí, puede que no. Pero no hay datos porque no hay precedentes similares. Desde luego, resulta difícil imaginar que un fenómeno como el atentado del 11 M no tenga influencia alguna. Pero resulta fácil exagerarla. Ante una conmoción tan brutal nos sentimos inclinados a pensar que provocará reacciones desmesuradas. Pero el simple hecho de que lo pensemos no lo prueba. Es más, si observamos algunos hechos, podríamos llegar a conclusiones diferentes. En Madrid, probablemente, toda la población se sintió conmovida el día del atentado y solidaria con las víctimas, pero ¿cuántas personas se movilizaron para colaborar en las labores de auxilio, dos mil, tres mil? Quizá sólo unos centenares. ¿Cuántas se movilizaron en toda España el sábado cuando se abrió paso la certeza de que el Gobierno ocultaba o distorsionaba la verdad sobre la autoría del atentado? Unos millares. ¿Permite eso inferir que el atentado modificó la decisión de voto de centenares de miles o incluso de millones de ciudadanos? ¿Es compatible esa suposición con la notable rigidez de los comportamientos electorales en nuestro país? Afirmarlo, me parece, como mínimo, aventurado. Sobre todo, después del aluvión de datos que en contra de esa hipótesis se ha presentado aquí esta mañana.

No volveré sobre los datos, sino sobre la lógica de los razonamientos. Para empezar, la afirmación de que el PSOE no habría ganado las elecciones sin el atentado se asienta en un argumento muy endeble: que la mayoría de los sondeos publicados una semana antes de las elecciones y realizados entre diez y quince días antes pronosticaban una victoria del PP por una diferencia media de cinco puntos porcentuales. Puesto que ocurrió lo contrario, la única explicación plausible sería el atentado. Excelente argumento si hubiera sido la primera vez que ocurría, pero no lo era. Ocurrió con el referéndum de 1986 sobre la permanencia de España en la OTAN, cuando los pronósticos anticipaban la derrota del Gobierno por márgenes que oscilaban entre los 5 y los 25 puntos. Ocurrió también en las últimas tres elecciones. En 1993, sorprendió a todos la victoria del PSOE. En 1996, se impuso el PP por poco más de un punto cuando los sondeos le concedían una ventaja de ocho o nueve, y en 2000 el propio PP se vio sorprendido por la amplitud de su victoria. España no es el único país donde ha ocurrido esto, y el caso de Inglaterra en 1992 lo ilustra con claridad. Se pueden dar resultados inesperados sin la intervención de un hecho imprevisto. Los pronósticos electorales y los meteorológicos unas veces se aproximan a la realidad y otras no.

Además, no es cierto que todos los sondeos dieran por hecho el triunfo del PP. La Vanguardia del 7 de marzo publicaba un sondeo de Noxa que otorgaba una pequeña ventaja de dos puntos al PP. El artículo que lo presentaba llevaba por título Empate Técnico y anticipaba que, dado el margen de error de la muestra, tan posible era que ganara el PP como el PSOE. El artículo incluía toda una serie de indicadores en los que se evidenciaba que entre enero y marzo se había producido un vuelco a favor del PSOE y de su candidato. El PSOE era, en efecto, el partido cuya imagen más había mejorado y el preferido por el 43% de los electores frente al 37% que preferían al PP. La popularidad del candidato popular había bajado de forma sensible a lo largo de la campaña mientras subía la del candidato socialista hasta superarlo. Este era preferido como futuro Presidente del Gobierno por el 49% de los ciudadanos frente al 41% que favorecía a Rajoy. Entre los votantes socialistas había más indecisos que entre los populares y, por

tanto, la posición del PSOE sumaba con eso otra ventaja potencial. Todo apuntaba a una elevada tasa de participación y el cuadro se completaba con una clara voluntad de cambio. Ni el sondeo ni el artículo pasaron desapercibidos a la clase política, los analistas y los expertos, y, por tanto, no es posible seguir ignorándolos y continuar diciendo un año después que la victoria del PSOE no se habría producido sin el atentado porque ningún sondeo la había previsto. La explicación es falsa. La posibilidad de la victoria socialista sí se había previsto y explicado a la vista de esa abundancia de indicadores. También la anticipó Belén Barreiro, apoyándose en los sondeos del CIS, en El País del 9 de marzo, en un artículo titulado "Puede haber sorpresas".

Si en ocasiones se produjeron resultados inesperados sin que interviniera ningún imprevisto, también es posible que se genere un acontecimiento imprevisto sin alterar de forma decisiva los resultados. Si el imprevisto no es condición necesaria, ¿cómo probar que es condición suficiente? Resulta imposible utilizando como referencia las estimaciones de los sondeos, porque considerar los resultados "inesperados" tan sólo porque las estimaciones publicadas no los anticipaban es una petición de principio. Utilizar como argumento el dato de que la inmensa mayoría creía que ganaría el PP, lo es aún más. Lo que la gente cree de lo que no sabe ni puede saber no es un buen indicador de lo que va a pasar. Siempre es mejor guiarse por lo que dicen preferir, y en ese punto no había duda. Preferían que ganase el PSOE por cinco o seis puntos, los que le dieron la victoria, y preferían a Zapatero sobre Rajoy por una diferencia mayor aún.

Una exploración más atenta de los datos y de su evolución, al margen de las estimaciones, permitiría comprobar que no había tantas razones para sorprenderse. Los datos brutos de la encuesta que publicamos en La Vanguardia el 7 de marzo daban dos puntos y medio por encima al PSOE. Puesto que, habitualmente, hay más ocultación del voto popular, en la estimación le dimos una ligera ventaja al PP, pero explicando, como era correcto, que cualquiera de los dos podía ganar. La sorpresa, sin embargo, no prueba nada. La sorpresa es la respuesta al desajuste entre las expectativas y los resultados, pero las expectativas pueden estar o no bien fundadas. Por poner un ejemplo, el año 2000 ni siquiera los dirigentes mejor informados del PP esperaban alcanzar la mayoría absoluta. A la inversa, es más que dudoso que en 2004 no hubieran contemplado la eventualidad de una victoria socialista. Bastaría para salir de dudas que hiciesen públicos los sondeos internos de su partido.

He sostenido y documentado en otro lugar que el PSOE habría ganado las elecciones sin el atentado. Había escrito que la situación estaba abierta en el otoño de 2002, a mediados de 2003, y una semana antes de las elecciones, y había explicado en cada una de esas ocasiones de qué podía depender el desenlace. Coincidió en eso con lo que han dicho esta mañana Belén, José Ramón y Giacomo, y también en que si algo contó no fue el atentado mismo, sino la conexión que algunos establecieron entre la intervención en Irak y el atentado y la pérdida total de confianza en el Gobierno, propiciada, entre otras cosas, por la forma en que decidió la intervención y por su empeño en atribuir su autoría a ETA contra toda evidencia. En cualquier caso, dada la relevancia teórica y empírica del asunto, cabe aventurar que no faltarán nuevas investigaciones en el futuro, pero las que existen al día de hoy son concluyentes: el atentado influyó, pero no de forma decisiva; la política exterior influyó y lo hizo en su momento, no en las elecciones municipales, sino en las generales; e influyó, probablemente, tanto por su dimensión interna,

es decir, por la forma en que se decidió la intervención en contra de la opinión pública, como por las consecuencias que se le atribuyeron, con razón o sin ella.

Entraré en la segunda cuestión, que es distinta, pero no del todo. Hemos discutido si el PSOE ganó o no gracias al atentado; la segunda es si el atentado sirvió o no para modificar la política internacional española. Quienes sostienen que el PSOE ganó gracias al atentado pretenden arrojar una sombra de duda sobre la legitimidad de la victoria socialista. Quienes sostienen que el atentado indujo al nuevo Gobierno a retirar las tropas de Irak pretenden, a la vez, deslegitimar el cambio de rumbo de la política internacional española. Es un argumento encadenado. Sin el atentado, el PP seguiría gobernando y las tropas españolas seguirían en Irak. Luego si éstas fueron repatriadas se debió a la victoria socialista que no se hubiera producido sin un atentado pensado y planeado con esa finalidad. Por tanto, quien ganó el 14 M fueron los terroristas. Gunther lo ha explicado muy bien. Es la doctrina del *Wall Street Journal* y la de los dirigentes del PP.

No hace falta subrayar hasta qué punto ese argumento ha emponzoñado la vida política española este último año, haciendo inútiles todos los esfuerzos de Zapatero por crear un clima de distensión y diálogo, y minando la autoridad de Rajoy en el interior de su partido, induciéndole a encaminarse por un despeñadero con difícil salida, probablemente porque haya gente que prepara ya la sucesión. En el ámbito internacional, esa versión, reiterada una y otra vez por Aznar fuera de España, no parece que pretenda contribuir a normalizar o mejorar las relaciones entre España y Estados Unidos, sino más bien un pretexto para reprocharle a Moratinos y a Rodríguez Zapatero los grandes errores cometidos por haber sucumbido a la intencionalidad explícita de los promotores del atentado.

Sin embargo, esa versión plantea problemas muy serios. No sólo porque deliberadamente ignora el compromiso electoral de Zapatero de retirar las tropas de Irak, sino porque no encaja con las sucesivas versiones de la autoría del atentado. No encaja con la autoría de ETA que Aznar y su Gobierno suponían, como la mayoría de los españoles, las cancillerías, los servicios de inteligencia y la prensa nacional e internacional que favorecía las expectativas electorales del PP. ETA era de todos los posibles autores el menos sospechoso, no sólo por su debilidad o por el tipo de explosivos que utilizó o porque no avisaran como suelen hacer, o porque no reivindicaran el atentado y desmintieran su autoría, sino sobre todo porque los activistas de ETA no acostumbran leer el Corán ni dejar mensajes en árabe y suelen informar a través del diario Gara y no de la BBC. Si la autoría de ETA no servía, tampoco podía admitirse la de Al Qaeda, porque, aunque permitía justificar la teoría de un atentado orientado a provocar el vuelco, admitirlo era tanto como reconocer que contaban con un cerebro privilegiado capaz de anticipar los errores que cometería Aznar; que se había bajado la guardia ante el terrorismo islámico, a pesar de todas las advertencias; que se trataba de un atentado de castigo por el aval que había prestado el Gobierno a la intervención americana en Irak; y que se había mentido desde el día del atentado al de las elecciones. Luego se hicieron algunas patéticas alusiones a los servicios de inteligencia de varios países vecinos y, eso sí, sin descartar a Rubalcaba. Un atentado así requiere mucha imaginación, y el hecho de que Rubalcaba sea un político imaginativo lo convierte en sospechoso. En definitiva, para sostener el argumento resulta imprescindible dejar abierta la cuestión de la autoría, digan lo que digan los jueces, diga lo que diga la comisión de investigación. Y, por supuesto, cerrar el círculo acusando a los demás de ser ellos los que no quieren que se sepa la verdad.

¿Cómo sabían de antemano los autores “intelectuales” que el Gobierno cometería tantos errores en la gestión informativa del atentado? ¿Cómo llegaron a la conclusión de que algunos españoles rechazarían la versión oficial? ¿Qué datos manejaban para calcular que en unas horas cientos de miles de ciudadanos cambiarían su voto para derrotar al PP? Son preguntas ingenuas que deberían contestar quienes defienden esta tesis. También, como he dicho antes, sería bueno que desde el PP se hicieran públicos los datos de sus propios sondeos para sustanciar la tesis del “vuelco”, fuera cual fuese la intención desestabilizadora de los terroristas.

Creo que los datos que se han presentado esta mañana permiten sacar algunas conclusiones. La primera es que el PSOE habría ganado en cualquier caso las elecciones del 2004. La segunda es que nunca sabremos hasta qué punto aumentó el margen de la diferencia a causa del atentado, no por falta sino por exceso de datos. La tercera es que los argumentos a favor del “vuelco” carecen de fundamento lógico. La cuarta es que, tras llamar miserables a todos los que pusieran en duda la autoría de ETA, ahora lo son todos los que no sospechen que fue obra del Anticristo. Cualquier otra es incompatible con la versión del PP, aunque para creer en ese autor haga falta creer en su existencia. Y algunas preguntas: ¿qué hubiera pasado tanto en el ámbito nacional como internacional si, por ejemplo, hubiese ganado el PP y tres o cuatro días después se hubiera descubierto la verdad? No quiero descartar nada. No descarto nada. ¿O es que hay que descartar que en el caso de que se hubiese producido esa victoria no hubiera sido posible averiguar la verdad?

Lo que no tiene discusión es que Zapatero retiró las tropas de Irak porque se había comprometido a hacerlo. No sabemos por qué precipitó su decisión. Probablemente, para garantizar la seguridad de las tropas. Probablemente, por pensar que, de no hacerlo de aquel modo, hubiera sido muy difícil resistir las presiones para que no lo hiciera. Puede discutirse porque, como toda decisión política, es discutible. Y es lógico preguntarse ¿hasta qué punto esa decisión –ahora finalmente– ha venido a debilitar o a fortalecer la posición de España en el escenario internacional? Hay dos cuestiones. Una, responsabilizar al Gobierno por su supuesta cesión ante la presión de los terroristas. Es descartable. Otra, es preguntarse por los efectos de la decisión adoptada.

Estoy convencido de la importancia de mantener las mejores relaciones posibles con EE UU. Nadie en España ha hecho más en ese sentido en los últimos 30 años que Felipe González, manteniendo con firmeza sus posiciones y haciendo compatibles la prioridad de la construcción europea con una leal y fructífera colaboración con los EE UU. Desconozco cuáles han sido las ventajas que ha comportado para España la sumisa actitud de Aznar hacia Bush ni he tenido la oportunidad de leer un solo documento que las enuncie y evidencie, pero sí de comprobar el deterioro de la posición española en Europa, el Norte de África y América Latina que llevó consigo esa actitud.

Conozco bien en cambio los injustificados temores y recelos de algunos columnistas y corresponsales poco informados ante la firmeza de Felipe González cuando negociamos la retirada de la base de Torrejón. Y aunque las declaraciones de Aznar y su versión del atentado pretendan acentuar la tensión entre las Administraciones americana y española, y revelen así su probado patriotismo, tengo curiosidad por saber cuáles han sido las consecuencias negativas de la retirada de las tropas de Irak para los intereses españo-

les, aparte del importantísimo hecho de que Bush no devolviera a Zapatero su llamada de felicitación. Y si miramos a la opinión pública internacional, la pregunta es ¿de qué lado se inclina hoy en este punto? ¿Quién tiene el problema?

EE UU es la única gran potencia planetaria. A sus dirigentes les agrada que las potencias menores se plieguen a sus deseos y les disgusta que no lo hagan. Pero EE UU es, sobre todo, la democracia más antigua del planeta. Sus dirigentes saben comprender y respetar, mejor que nadie, los condicionamientos de la opinión pública sobre cualquier gobierno democrático y el valor que tiene en democracia el cumplimiento de los compromisos electorales. Y saben distinguir mejor que nadie entre los líderes que se ven obligados a disentir por respetar la voluntad de su pueblo y los que la ignoran olímpicamente para ser complacientes. EE UU no guía su política exterior en función de las relaciones personales con líderes de otros países, sino en función de sus intereses; y como ha dicho Gunther, España y Estados Unidos coinciden en la necesidad de considerar la lucha contra el terrorismo como una prioridad absoluta y en la de colaborar estrechamente en ese campo. Y no sólo en ése.

Ignacio Molina

Gracias a los tres. Le paso ya el testigo al profesor Emilio Lamo, que es catedrático de Sociología en la Universidad Complutense y, además, actual Director del Instituto Elcano. Creo que su doble perfil agrupa perfectamente los dos elementos de la discusión de hoy, por lo que me parece la persona más adecuada para que introduzca, brevemente, su punto de vista sobre todo lo que él considere oportuno acerca de ambas cuestiones: tanto del análisis sociológico y electoral en sí, como de las cuestiones que tienen que ver con la política exterior y las repercusiones de las elecciones sobre la imagen internacional de España. También, por supuesto, le invito a moderar el debate a partir de ahí.

Emilio Lamo de Espinosa

Repito las gracias por invitarme. El tema de la sesión ahora es el del impacto del 11 M hacia fuera, antes que del impacto hacia dentro. Por lo tanto, me quisiera centrar en un par de ideas que resumen un poco los ejes o problemas del posible impacto que el 14 M ha tenido sobre el exterior, sin reabrir el debate sobre si el 11 causó el 14 y por qué fallaron todos los institutos de opinión, incluido Noxa. Me parece que está suficientemente debatido.

Creo que hay dos cuestiones esenciales, que el 14 M tiene dos vectores relevantes en términos de política exterior. Primero, la retirada de las tropas de Irak, que es un tema clave, fundamental, que se hace en un momento en que hay una anormal visibilidad de España. El segundo tema es si Al Qaeda pretendía o no incidir sobre las elecciones, si estamos, pues, ante un acto terrorista con objetivos políticos y electorales.

Veamos la primera cuestión. La oposición a la guerra de Irak ha sido inmensa, los resultados del 14 M son sorprendentes, tenemos a todos los medios de comunicación mun-

diales analizando España y focalizados en qué puede ocurrir. La impresión existente en aquel momento era que el Gobierno de Rodríguez Zapatero, por supuesto, iba a cumplir el compromiso electoral contraído, que a su vez contaba con el apoyo de la mayoría de los españoles (y luego diré en qué medida contaba con ese apoyo). Pero se esperaba que esa retirada de las tropas se iba a producir de un modo paulatino, negociado, pactado, e incluso se comentaba en la prensa internacional que eso es lo que se había hablado en las primeras conversaciones sostenidas en Washington, incluso antes de la toma de posesión. No tengo datos, por lo tanto menciono un rumor que apareció en la prensa internacional.

Enorme interés que entendía bien el proceso de la retirada y que, sin embargo, se sintió sorprendido por su brusquedad. Lo que sorprendió fue la decisión en las primeras 24 horas de retirar de inmediato las tropas. ¿Por qué se tomó esa decisión con esa rotundidad? Lo ignoro, aunque probablemente fue para reducir el riesgo de ataques allí y replegar un ejército, digamos, vencido. Pero de cara a la imagen exterior lo que preocupó sobre todo fue por qué no se consultó con los aliados. De modo que ¿cómo ha sido valorado el tema de la retirada de las tropas? Fue valorado bien por Francia y Alemania, aunque tampoco hicieron grandes aspavientos al respecto. Mal por los aliados europeos en Irak, mal por Polonia, mal por Italia, y por los otros aliados europeos. Y muy mal por los Estados Unidos, que hicieron una lectura de la retirada desde la interpretación que previamente habían ofrecido en relación con los atentados.

¿Cómo lo valoraron los españoles? Para comenzar tengo que decir que los españoles tenían una opinión sobre el tema bastante más matizada de lo que usualmente se piensa. De hecho, nunca habían pedido la retirada radical, total e inmediata. Los barómetros nuestros indicaban que la mayoría de los españoles estaba de acuerdo con que las tropas debían continuar si había amparo de Naciones Unidas antes del 30 de junio (Datos BRIE, marzo 2003). Sólo un 10% apoyaba la permanencia incondicional. Un 40% deseaba el regreso incondicional, pero un porcentaje similar al de quienes defienden el regreso defendían la permanencia aunque integradas en una fuerza multinacional, bajo mandato directo de la ONU.

Quiero decir con ello que Zapatero tenía margen de maniobra en relación con la opinión pública. Por lo demás, tampoco su compromiso electoral había sido de retirada automática, sino de retirada antes del 30 de junio si, etcétera, etcétera. Y por todo ello se pensó que iba a utilizar ese margen de maniobra para obtener una nueva resolución (como en efecto se produjo) y apuntarse el tanto, espaciar, administrar y gestionar la retirada. Por eso la sorpresa fue la retirada brusca y no tanto la retirada en sí misma.

¿Cómo han valorado los españoles ahora la retirada de las tropas? La han valorado bien, a las claras; con matices, pero bien. El 78% está de acuerdo con la decisión del Gobierno español de retirar las tropas de Irak; el 48% muy de acuerdo; el 30% simplemente de acuerdo, y sólo un 19% está en desacuerdo. Ahora bien, los españoles son bien conscientes de que eso tiene consecuencias que no son necesariamente positivas. El 73% cree que dañarán las relaciones con los Estados Unidos, pero mejorarán las relaciones con Francia, Alemania y los países árabes. Sobre si la retirada de las tropas reduce o no el riesgo de que España sufra más atentados terroristas, la opinión está más o menos

dividida. En eso no hay claridad. Respecto al futuro nos encontramos con que el 50% de los españoles estaría de acuerdo con que las tropas regresaran si la ONU aprueba el envío de una fuerza multinacional; un 42% está en desacuerdo.

El segundo tema a abordar es mucho más complicado y nos retrotrae al 11 M, y es en qué medida nos encontramos con un precedente de estrategia de terrorismo electoral de Al Qaeda. Esto es fundamental y sobre ello no se ha discutido suficientemente aquí, no ha salido, y es importante mencionarlo. Estamos acostumbrados a que ETA plantee su estrategia terrorista como un instrumento electoral, y ha realizado atentados en diversas elecciones para influir en los resultados. Mi pregunta es: si el 11 M fue por casualidad, porque era la cifra cabalística de los 911 días después del 9 del 11, o había una intención electoral en el hecho de que fuera el día 11. ¿Pretendían, por lo tanto, incidir en las elecciones, o no? Eso sí que sienta un enorme precedente para el resto de los países y preocupa de cara a sus propios procesos electorales.

Es un tema que está abierto, aunque debo señalar que en el último sondeo preguntamos a los españoles si con el ataque del 11 M los terroristas intentaban influir en las elecciones. Pues bien, la mayoría dice que sí, el 56% dice que sí, y el 38% dice que no. No sorprenderá a nadie que ese porcentaje del 56% se eleve al 82% entre los electores del PP. Pero puede que sí sorprenda que el 40% de los votantes de PSOE también estén de acuerdo con esa afirmación.

La verdad es que hay indicios en contra y a favor. A favor está el famoso documento encontrado por unos investigadores noruegos en una página *web* de Al Qaeda en la que se apuntaba la necesidad de golpear a España para incidir en las elecciones, que ganara el PSOE y este retiraría las tropas, eliminando uno de los principales aliados de EE UU en Irak. Se trata de un documento yihadista contrastado y comprobado. Está el dato de que el atentado fue el día 11, a solo tres días de las elecciones. Está el dato de que una de las primeras preguntas que hizo uno de los terroristas al salir es: ¿quién ha ganado las elecciones? Hay muchos datos.

Por otra parte, de momento no hay ninguna certeza de que el grupo de Leganés o los terroristas identificados tuvieran el famoso documento noruego de la Yihad, y sí tenían muchos otros documentos de la *web*. Es debatible. Pero es un tema que ha causado bastante impacto en el extranjero, ya que en ese documento no sólo se analizaba la situación de España, sino también la de Polonia, y la posibilidad de intervenir o no en las elecciones en este último país, causando atentados terroristas para incidir en el proceso electoral. Italia queda marginada y ni se le menciona.

Pero sí se analiza también detenidamente el Reino Unido. Y tengo para mí, no sé qué opinará Giacomo Sani, que todas las dudas actuales de Berlusconi sobre si retira las tropas o no, un paso adelante otro atrás, tiene mucho que ver con el hecho de que Italia ha entrado en campaña electoral. Y como no puede retirar las tropas está jugando con que dice que sí y que no, de modo que está restando incentivos para lo que pueda ocurrir. Este es otro tema importante de cara a la relevancia que tienen el 11 y el 14 M en todo el escenario en términos exteriores. Podríamos seguir analizando muchas cosas, pero creo que es el momento de pasar al debate público.

Narciso Michavila

“ Quería romper un par de lanzas a favor de España, de los profesionales de la sociología electoral y de los votantes. Al hilo de las tres intervenciones y un poco también a modo de respuesta a lo que has dicho tú que quizá los electores estaban esperando a las elecciones generales para castigar al Gobierno sobre su actitud. Si hubiera sido con tanta contundencia como fueron las elecciones, eso los profesionales de la sociología electoral lo habrían detectado sin lugar a dudas.

Lo habríamos tenido de forma sistemática y permanente, y se habría notado en el voto. Esto podríamos debatirlo. Tampoco quiero alargarme mucho. Los profesionales de la sociología en España no sólo fueron capaces de dibujar lo que sucedía antes del 11 M, sino entre el 12 y el 13, y no les sorprendió lo que sucedió el 14. Venir ahora a decir “es que todo el mundo se equivocó, es que no supieron...”, si te quedas con una parte de realidad, pero no toda, es que estás echándoles la culpa a ellos que no se enteraron de nada.

La lanza a favor de los votantes españoles a raíz de la intervención de Richard; en un párrafo de mi documento de trabajo, que antes no lo he comentado, considero que “no sería justo afirmar que la reacción emotiva de los atentados se dio sólo en un sector del electorado, el que cambió su voto, o que ese sector actuara exclusivamente por emociones sin atender a elementos racionales en su decisión electoral. Precisamente los que reconocen mayor influencia de los atentados en su voto son, como se verá y luego lo demuestro, los segmentos con mayor capacidad de reflexión. Pero también es lógico pensar que el electorado primara la cuestión de la seguridad en su decisión final”. Visto desde fuera, creo que a lo mejor en el votante pudo primar su seguridad, pero fue un votante racional y un voto meditado. No es después un voto arrepentido. Luego en las postelectorales se observa que no hay un arrepentimiento de los votos y se ha visto en las series electorales posteriores.

Enrique Ayala

“ Volviendo a los planteamientos del profesor Emilio Lamo, respecto al tema central de este segundo debate, que es el impacto internacional, creo que estamos centrándonos en el impacto internacional de la retirada de las tropas de Irak. Habría que hablar primero del impacto internacional de la foto de las Azores. Eso es previo y está en el origen de todo. Es decir, el alineamiento con la política de Bush produjo que España diese un vuelco a su política internacional de muchos años, sobre todo, de cara a nuestros socios europeos, en particular Alemania y Francia, que son nuestros dos socios más importantes, por razones económicas y políticas y apoyo contra el terrorismo de ETA. La ruptura se produjo en ese momento y las consecuencias que se podían derivar para España en el entorno europeo en el que nos movemos eran muy graves. Cuando se deshace este movimiento de política exterior con la retirada de Irak la reacción es lógicamente la contraria.

Quiero decir, porque eso lo viví en primera persona, que la retirada de Irak en sí misma, allí sobre el terreno, no produjo reacciones adversas significativas entre los otros contin-

gentes, ni siquiera en los más afectados como podían ser los polacos –que han otorgado posteriormente condecoraciones a algunos militares españoles– e incluso los norteamericanos, porque se entendía que era una decisión política. Lo que no se entendía era la rapidez de la retirada. Pero eso también tiene sus razones. Nuestra situación allí era prácticamente insostenible. No es la ocasión apropiada para hablar de esto, pero había razones para el repliegue en ese momento. Para mí el problema es que en Arkansas, por ejemplo, muy poca gente sabía que Rodríguez Zapatero había prometido antes del 11 M la retirada de tropas de Irak si ganaba las elecciones, ni siquiera sabían quién era Rodríguez Zapatero. Por eso, la reacción lógica en la opinión internacional es percibir una relación causa-efecto entre el atentado terrorista del 11 M y la retirada de las tropas de Irak. Esto es muy normal cuando no se tiene un conocimiento profundo de la política de otro país: nadie sabe que hay una promesa electoral previa ni qué es lo que ha pasado en el debate nacional cuando se decide apoyar a Bush en la guerra de Irak y, por tanto, es muy normal que se enlacen las dos cosas. Aunque las clases dirigentes en EE UU y en otros países sí conocían estos aspectos, como nuestra retirada perjudicaba a la administración Bush, era muy interesante presentarla como un desistimiento frente a los atentados del 11 M, y esa fue la interpretación que circuló.

Aquí convendría reflexionar un poco sobre nuestra propia capacidad de influir en la opinión pública internacional. Es decir, si tenemos los medios y los instrumentos suficientes para dar a conocer nuestra versión, para vender la imagen de España y explicar sus decisiones, o no los tenemos, aparte de algunas excelentes ayudas de carácter individual. La consecuencia para España realmente ha sido volver a nuestro lugar natural que es Europa, y al núcleo duro de los países que tienen interés en la construcción europea. No es en absoluto negativo para España, y me adhiero a lo que decía el profesor Santamaría en el sentido de que ahora estamos, respecto a la guerra de Irak, en el lado en el que está la mayor parte de la opinión pública mundial y por supuesto europea.

Nicolás Sartorius

Creo que no existe margen de maniobra en un Consejo de Ministros cuando se decide retirar las tropas de un sitio. ¿Por qué no hay margen de maniobra? Porque o lo haces rápido, esto es como la devaluación de la moneda, o lo haces por sorpresa, de inmediato, sin dejar que nadie se entere, o no lo haces. Imaginaros que Rodríguez Zapatero no toma la decisión al día siguiente de acceder al cargo, sino que espera. Imaginaos que matan a veinte soldados españoles y secuestran a cuatro españoles: no puede retirar las tropas, así de sencillo. Por lo tanto, la decisión se tomó porque no había margen para tomarla de otra manera. A Zapatero le hubiera podido interesar realizarlo de otra manera que hubiera creado menos problemas con Estados Unidos y es evidente que, si hubiera podido hacerlo, lo habría hecho. Entiendo que lo hizo de la única manera que se podía hacer por una mínima prudencia política, teniendo en cuenta la situación que se vivía en Irak. Muertos soldados españoles allí, raptados o secuestrados, hubiera sido muy complicado salir de ese país en tal situación.

En el tema de Estados Unidos, matizaría una cuestión. No sé qué dirá el profesor Gunther. He leído dos maneras de ver las cosas en Estados Unidos. Una versión, que yo llamaría “democrática”, que dice: España, o el PSOE, en su programa electoral anunciaba

que se iba a ir y es lo que ha hecho. Es lo que hace un partido democrático cuando gana unas elecciones y cumple un compromiso. Hay otra versión que calificaría de “ideológica”, que es decir: “No, se ha marchado porque el atentado terrorista ha producido temor y miedo en la sociedad española y ha hecho que las tropas se marchen”. Versión que no comparto. No es verdad. Las tropas no se fueron porque la sociedad española cogiera miedo, no tiene absolutamente nada que ver. Creo que el voto que se produce el 14 M es más bien un voto de enfado por la manera como se había gestionado el asunto entre otras cosas; pero en todo caso, en Estados Unidos también hay un sector de la opinión pública muy amplio que entendió que era el resultado de unas elecciones libres y que había un partido que dijo que se iba a ir. Otra cosa es que les gustase o no que eso sucediera, cosa que comprendo, aunque estoy convencido de que parte de la sociedad norteamericana también estaría de acuerdo en que se fuesen las tropas de Irak.

¿Se ha beneficiado o perjudicado a la política exterior de España y qué puede pasar en el futuro? Creo que aparte del tema de Estados Unidos o algún otro país que ha mencionado Emilio Lamo –es evidente que a Bush no le gusta que se marchen tropas de Irak, aunque creo que por ejemplo el Reino Unido, Polonia o algunos otros países estarían deseando irse, pero esa es otra cuestión– hay toda una serie de temas que no han perjudicado a la política española. En todo el área del norte de África se ha mejorado sustancialmente si se compara con la situación durante el Gobierno de Aznar, no sólo con Marruecos, sino con el resto. Es la primera vez que a un Presidente español se le invita a que hable en la Liga Árabe con todos los países árabes reunidos. Lo mismo ha ocurrido en el caso de Europa, como ya se ha dicho aquí: volvemos al corazón o al núcleo duro de la Unión Europea. Y tampoco ha perjudicado nuestras relaciones con América Latina, como se ha visto últimamente. En las grandes áreas sobre las cuestiones estratégicas de la política exterior española, el norte de África, América Latina, Europa, en esas tres cuestiones, no ha perjudicado el tema de Irak, sino todo lo contrario. Únicamente nos ha perjudicado en nuestras relaciones con la administración Bush. Pero en todo caso, comprendo que a Bush no le haya sentado bien y que hay que hacer esfuerzos por mejorar las relaciones con Estados Unidos de una manera inteligente, y no me pareció pertinente lo que dijo en Argel Rodríguez Zapatero de que “los países se tienen que marchar todos de Irak”. Creo que sobraba esa declaración. Entre otras cosas porque no soy partidario de declaraciones que no tienen ninguna posibilidad de producir efectos. Pero en todo el resto me parece una postura impecable en el sentido de que era lo que había dicho que iba a hacer. La sociedad española en ese sentido le ha aplaudido y es uno de los grandes tantos del Gobierno de Zapatero el haberse ido de Irak, cuándo se fue y de la manera en que lo hizo.

Emilio Lamo de Espinosa

“ Sólo quiero aclarar los datos que yo daba antes sobre el 40% que era partidario de la retirada en todo caso, y un 40%, por así decirlo, proclive a la retirada de las tropas condicional, eso continúa siendo así. De hecho, el último barómetro muestra que hay un 50% que estaría dispuesto a reenviar tropas con ciertas condiciones. Que son los que coinciden con el 40% que se inclinaba a que continuaran con ciertas condiciones, más el 9% que estaba dispuesto a que continuaran en cualquier caso. Es decir, que no ha habido tampoco cambios en ese sentido. Esto es relevante a efectos de la

lectura de los acontecimientos, y he tratado de decirlo a los del *Wall Street Journal* y a los de *New York Times* cuando llamaban. “Miren ustedes, la opinión de los españoles sobre este tema es exactamente la misma antes de los atentados que después de los atentados. No ha cambiado en absoluto. No ha habido una rendición”. Lo que quiero decir es que, estando la mayoría a favor de la retirada de las tropas, la opinión no es, sin embargo, blanca o negra, sino matizada.

Un segundo comentario. En la observación que hacías acerca de la capacidad estratégica de Al Qaeda, creo que tenemos que pensar que no son una pandilla de insensatos que sólo saben recitar el Corán, porque te acercas a las páginas web y lees sus documentos, y llama la atención porque citan a todos los analistas internacionales, citan a Felipe González, al CSIS o al Hoover Institute, leen el *Financial Times* y hacen análisis. Empecemos a pensar que no son sólo una pandilla de fanáticos. Se conocen las cosas y se las estudian. Voy a leer el párrafo que figura en este documento, sobre el caso de España: “Decimos que para forzar al Gobierno español a la retirada de Irak la resistencia debe propinar golpes dolorosos, debe aprovecharse al máximo la proximidad de la fecha de las elecciones generales de España, en el tercer mes del año próximo. Vemos que el Gobierno español no soportará más de dos o tres golpes como máximo antes de verse obligado a retirarse por la presión popular... Si sus tropas permanecen, la victoria del Partido Socialista prácticamente estará garantizada, véanse los porcentajes”, etcétera. Y acaba diciendo “de este modo caerán las piezas del dominó rápidamente e irán cayendo los aliados de Estados Unidos”. Este es un análisis estratégico bastante bien hecho, desde luego, nada ingenuo, nada torpe, y que nos hace ver que tenemos que acostumbrarnos a la idea de que es un enemigo importante que aprovechará todas las oportunidades que tenga, incluidas las electorales. Es necesario que tengamos esto en la cabeza.

Nicolás Sartorius

Estoy de acuerdo con Emilio Lamo en que Al Qaeda, lo mismo que ETA, es gente racional, son fanáticos racionales que hacen sus cálculos políticos. Nunca he creído que son unos locos ni unos *gangsters* que andan por ahí sueltos, sin ideas de ningún tipo. Son gente que hace análisis políticos; equivocados, pero los hacen. En el tema que acabas de mencionar, no comparto la conclusión final. Me refiero al análisis general que se está haciendo desde la derecha. Al Qaeda calcula y dice: “El día 14 hay elecciones en España, yo el día 11 meto una bomba impresionante, mato a un montón de gente y los electores españoles, movidos por ese atentado, van a votar al PSOE en mayoría y el PSOE retira las tropas. La retirada de los españoles llevará a la de los polacos”, el efecto dominó. Y añade –el documento que tú acabas de leer– “el Gobierno español no aguantaría tres golpes”. Dice el Gobierno español, no el PSOE. Que Al Qaeda sacase la conclusión de que el PSOE iba a retirar las tropas es una obviedad, porque éste lo había dicho en su programa electoral. Lo que era nuevo era que las retirase el PP. Hay que leer bien dos frases distintas. Una dice: “el Gobierno español no aguantaría tres golpes”. Por supuesto que si es el PSOE, las retirará. No hace falta ser un gran analista. Lo tiene en su programa electoral. Entonces, ¿cuál es la conclusión que se puede sacar, con tanta legitimidad como la otra? Que el atentado que hizo Al Qaeda era para favorecer al PP. Porque en teoría política se sabe que cuando hay un atentado –y se ha visto en Estados Unidos con el tema del 11 S– la gente se arremolina alrededor del poder. No se conoce

ningún sitio en que haya un atentado de este calibre y la gente piense que hay que cambiar el gobierno. No hay que entrar en ese tipo de cálculo.

Lo que sostengo es que el atentado no favorece al Partido Socialista para nada. Le favorece la gestión que se hace desde el Gobierno. El atentado se produce en un momento electoral donde según se decía el Partido Popular iba a ganar las elecciones; había una tendencia que discuto, pues estaba la cosa muy nivelada. Pero, suponiendo que el PP fuera a ganar, lo que no es cierto es decir: Al Qaeda comete el atentado para que gane el PSOE y se retiren las tropas. Eso no es así mecánicamente. Podría haberse dado el fenómeno contrario si Aznar el 11 M actúa de una manera clara, reúne a las fuerzas políticas, hace una manifestación de conjunto con las fuerzas políticas, informa a la opinión pública de manera veraz no diciendo que es ETA. Esa es mi tesis: no es el atentado, es la gestión del atentado. ¿Por qué iba a pensar Al Qaeda que Aznar iba a ser tan estúpido como para cometer todos los errores, uno detrás de otro? Es decir, lo razonable era lo contrario. Que un gobernante mínimamente prudente, que es lo que debe ser un gobernante, hiciese las cosas de otra manera. Además, era obvio reunir a las fuerzas políticas. Aznar tenía todo a su favor. Era el último acto electoral del PP, la gran manifestación, con él a la cabeza como Jefe del Gobierno, con el Príncipe de España, con los líderes europeos. Si hubiera hecho las cosas de esa manera, gana las elecciones. Por lo tanto, Al Qaeda, ¿qué quería? No entremos en el juego de si Al Qaeda quería que ganase el PSOE o el PP; es un juego maligno, perverso.

Enrique Ayala

« Sólo un comentario muy breve a raíz de lo que decía Nicolás y respecto a la cuestión de si se hizo el atentado para modificar el proceso electoral. Aquí hay una pregunta que es clave: ¿por qué en ese caso habrían puesto varios días después de las elecciones una bomba en las vías del AVE, que –de no haber sido descubierta– hubiera causado tantas víctimas como las de Atocha, si ya había ganado las elecciones el Partido Socialista?

Nicolás Sartorius

■ Terminamos aquí. Muchas gracias.

Cuadernos publicados

1/2004. El control político de las misiones militares en el exterior. Debate de expertos.

2/2004. El sector del automóvil en la España de 2010. Debate de expertos.

3/2004. La temporalidad en la perspectiva de las relaciones laborales.

4/2004. La contención del gasto farmacéutico. Ponencia y Debate de expertos.

5/2004. Alternativas para la educación. Debate de expertos.

6/2004. Alternativas para el cambio social. Zaragoza, 26 de noviembre 2004

7/2005. Las bases y los límites del consenso en la política exterior española. Debate de expertos.

8/2005. Los mecanismos de cohesión territorial en España: análisis y propuestas. Debate de expertos.

9/2005. La inversión de la empresa española en el exterior: nuevos aspectos económicos, políticos y sociales. Debate de expertos.

10/2005. El futuro de RTVE y EFE. Debate de expertos.

11/2005. El recurso de amparo constitucional: una propuesta de reforma. Debate de expertos.

